

Todas estas fuerzas reunidas que tienden a un fin único, permitirán la ejecución rápida de los ferrocarriles turcos, ofreciendo a los capitales, no solo ventajas, sino una seguridad excepcional.

Tuve la idea de que este nuevo modo financiero de construcción de una importante red de caminos de hierro, adoptado por la Turquía, pudiera interesarle a usted hasta cierto punto, y por eso quise hablarle de él tan por extenso.

No son únicamente los *camareros*, quienes mediante un saqueo organizado tratan de llegar muy pronto a millonarios. Acaban de juzgar en Moscow a una sociedad de monederos falsos, que fabricaban billetes de banco en una inmensa escala.

Dícese (porque los procesos de este género se juzgan a puerta cerrada) que en esa asociación figuran los mas altos funcionarios del imperio, y los mas ilustres nombres de la nobleza rusa. Muchos, ya convictos y confesos, han sido condenados a la Siberia. Entre esos caballeros del robo, se cita al principe Troubetzkoï, sentenciado a catorce años de trabajos forzados en las minas de Siberia. La familia de este nombre es muy numerosa en Rusia. Ya sabe usted que la ex-duquesa de Morny era princesa Troubetzkoï.

¡Offenbach eclipsado! ¡Offenbach derrotado!

Hace algunos dias que se está representando en las *Folies dramatiques* una pieza nueva en tres actos, intitulada *Eloisa y Abelardo*. La letra es de Clairville y Bonnach, y la música de Litolf.

A propósito de dicha obra, dice el *Figaro* que la *Copa de plata* es junto a ella el copon sagrado. Con efecto, el asunto es un poco escabroso; y si para el actor Lucr, que hace el papel de Abelardo, la situación es bastante crítica, no carece tampoco de originalidad la actitud de Mad. Geoffroy en el papel de Eloisa.

Los autores del libreto, usando de una licencia poética, han puesto en lugar de Abelardo a Bonifacio (personaje secundario) para el supremo sacrificio. En el momento en que los esbirros del cardenal se llevaban el pobre mártir, un concurrente gritó:

«¡Me alegro! ¡eso le servirá para cantar mejor!»

Un ESCRIVANA.

SAN JUAN DE ULUA.

A Juan Silva.

Sobre estériles arenas
Por las olas combatidas,
Con sus murallas derruidas
I su corona de almenas,

Al confín de nuestros lares
Se eleva una fortaleza,
Cuya indomable firmeza
Fué el asombro de los mares.

La duran del sol naciente
Los primeros resplandores,
I con plácidos rumores
L'arrulla el mar blandamente.

De las huertas españolas
Ultimo refugio un día,
En ella la tiranía
Murió al compas de las olas.

I mas tarde, resistiendo
Al orgulloso invasor,
De la guerra entre el fragor
Fueron sus muros cayendo.

Los timbres de la victoria
Pudo negarle la suerte,
Mas no sus palmas la muerte,
Ni sus laureles la gloria.

Hoy van los golpes del mar
Sus murallas arrasando,
Mientras la brisa pasando
Repite en su murmurar,

Del llanto de un prisionero
El ultimo eco doliente,
O el estruendo indolente
Del cantar de un marinero.

Mientras que el tiempo camina,
Desmoronándose van,
A impulsos de un huracán,
Sus altos muros en ruina;

Mas olas, siglos i vientos
No borrarán de la historia
Ni su nombre, ni su gloria,
Ni sus anales sangrientos.

GUSTAVO RUIZ.

JUSTO SIERRA.

CONFESIONES DE UN PIANISTA.

A LA SEÑORITA CONCEPCION LN.

Desde la niñez hasta la tumba, es la vida humana como los dias de otoño. Admirables por la luz y la transparencia de sus cielos matinales, nebulosos y frios en las horas tristes de la tarde; desde la aurora, sin embargo, van cayendo de los árboles las hojas secas, como caen desde los primeros albores de la juventud las hojas muertas de nuestros sueños y de nuestras esperanzas. Ilusiones que han partido, esperanzas que no volverán; eso es, en resumen, esta mi humilde narración.

Yo necesitaba, para colocar en lugar sagrado esos despojos del alma, expuestos al sarcasmo de todo el mundo, de un nombre que santificara todo lo que hay en estas páginas, de pesares íntimos y de amargas confidencias a los indiferentes.

Perdone vd. que, al recordar con una emoción casi religiosa su mirada, profunda y melancólica como un crepúsculo del mar, su nombre rodeado de santa auréola como la frente de un ángel, me atreva a rogarle acepte estas *Confesiones*, revelación quizá de algunos dolores de la vida, que pongo respetuosamente a los pies de vd.

I

Seguia Eduardo muy grave; la tisis, bastante frecuente entre los jóvenes en la Costa, iba consumiendo aquel cuerpo casi diáfano ya, y los médicos habian dicho á la familia que era preciso disponerlo.

Los incidentes todos de aquel dia están grabados en mi memoria.

Yo no habia abandonado el lecho de mi amigo, de mi hermano, durante los dias penosos del mal; todos sus parientes me trataban con gran cariño, y siempre que el padre de Eduardo venia á la ciudad, de vuelta de su hacienda, tenia palabras afectuosas y alentadoras para mí. Me veian como un hijo de la casa.

Mi pobrecita tia Victoria estaba orgullosa con las atenciones que me prodigaban aquellos ricos; y yo, que no tenia otra madre que ella, procuraba atraerme la distincion de las personas honradas, porque así proporcionaba algunos momentos de placer á aquella criatura angélica, que habia sido mi Providencia sobre la tierra.

Mi tia Victoria me habia recogido del lado de dos ataúdes en el *Cólera* de 55. Tenia yo entonces diez años, y no comprendí la pérdida de mis padres; pero los sentí tanto, que una fiebre terrible me llevó á orillas de la tumba. Antes de aquella enfermedad me creian un poco idiota; pero segun contaban, desde mi convalecencia mi razon se encontró libre de las trabas que la naturaleza tardía habia olvidado en la cuna de mi alma. Crecí en el trabajo y las privaciones (mi nueva madre vivia de un montepío militar). En cinco años me hallé en disposicion de ayudar á mi ángel bueno; y no podré olvidar nunca la indefinible emocion que experimenté la noche en que por vez primera (hora bendita de mi juventud) puse en aquellas manos, ya arrugadas, pero blancas aún y finas, el producto de mis primeras lecciones de música.

Luisa y mi tia estaban cosiendo junto á la mesa del comedor. La lámpara con su velador, en que habia yo pintado unas flores; el sillón de cuero con clavos de cobre, en que mi tio el coronel, gravemente herido en Veracruz por los *yankees*, habia espirado; la cabeza pálida y delicada de Luisa, levemente inclinada sobre su labor (Luisa era la hija única de mi buena tia); los ojos de aquella santa fijándose en mí con una expresion de indecible ternura, mientras los de su hija buscaban tímidamente los míos; todo aquel cuadro, el San Antonio colgado en la pared, el trozo de hielo envuelto en un paño de lana, para enfriar mi agua durante la cena, y el pobre Azor, flaco, amarillo y raquítico, jugando por entre mis piernas, todo lo recuerdo. Besé á mi tia en la frente, le dí la onza americana y me puse de rodillas. Aquello significaba para mí la aceptacion de un deber sagrado; significaba para ella el momento en que el pobre huérfano desvalido se hacia hombre, se encontraba armado para entrar en la lucha del mundo, y su ofrecimiento á mi pobrecita madre agonizante, habia sido cumplido. Sentí sus manos trémulas apoyarse en mi tempestuosa cabellera, y le oí murmurar una bendicion entrecortada por las lágrimas. Soñé esa noche con el espíritu de mi madre.

Pocos dias despues, las dos tumbas tenian una pequeña losa de piedra con los nombres de mis padres, muy limpia y muy bonita. Nos llevó á verla mi tia despues de una misa que se dijo en la capilla del C., por aquellos dos muertos tan queridos.

Dispuesto Eduardo á recibir el Viático, todos sus compañeros de colegio quisimos hallarnos presentes en la solemne ceremonia.

La noche, estábamos en Octubre, era lluviosa y fria. Una claridad pálida, monótona, igual, iluminaba débilmente las nubes que ocultaban á nuestros ojos el disco de la luna, antorcha pura del cielo de los hombres. Un sordo rumor, que venia del negro horizonte, denunciaba la agitacion del mar. De vez en cuando el silbido del viento, entrando por los quicios, ó el desgarramiento de las nubes en grandes girones de un gris lívido, indicaba el paso del águila feroz del Nordeste—como decia la Reim-kennar de Walter Scott,—llamando á los vientos boreales.

En la sala de la habitacion habia reunido un gran número de personas; la puerta del cuarto del enfermo estaba abierta de par en par, y las bujías de cera del pequeño altar erigido junto al lecho acababan de encenderse. El pobre Eduardo tenia una decidida aficion por las flores; y como estaba desahuciado, era preciso darle gusto. Un diluvio de rosas y de lirios de la Costa, rodeadas de sus espinas las unas, y balanceando los otros sus largos pétalos morados, inundaban la casa de intenso y delicioso perfume. La naturaleza, para Eduardo, como para todos los corazones delicados, era una vaga pero infinita personalidad, viviendo en nosotros y con nosotros, revelándonos su alma imperecedera en la aurora de los sueños de la juventud, en el mediodía del pensamiento viril, en la plegaria serena de la vejez, esa tarde primaveral de la existencia humana. La sentia, la comprendia á veces, la admiraba siempre, y queria asociarla al momento supremo de su muerte, por medio de las flores y de los perfumes, como si supiera que las lágrimas de los hombres, que entristecen el instante de la partida final, estarian compensadas por la serenidad adorable de aquellos otros seres, á quienes iría á dar nuevo vigor su cuerpo, resolviéndose en los elementos de la vida inagotable de la naturaleza, para la que no tiene significado la palabra *muerte*.

Entre las fisonomías hondamente preocupadas de los asistentes, en pié, sobre un elegantísimo zócalo, sonreía la estatua de Ceres, ejemplar del Renacimiento, traída de Europa por el padre de Eduardo; trozo de nieve de Carrara espiritualizado por el buril del génio, blanco como si se hubiera petrificado en la cantera de que fué arrancado la sávia de leche de las azucenas, palpitante de vida hasta en su más débil relieve, fresco como una corola recién abierta, y casto y virginal como solamente lo es en la tierra el mármol, en el que pueden vivir unidos la materia y el ideal.

Ceres, la divinidad vencida por el sentimiento, la diosa pagana vencida por Jesucristo. De entre los frutos que hacia nacer de los campos habia escogido una rama de espinas, para coronar la frente del que hacia nacer del corazón el fruto bendito de las lágrimas; de entre los árboles con que cubria

los montes, había escogido uno para servir de patíbulo al que hacia de la pobreza una hija predilecta del cielo; y desde entonces las espinas habían cubierto sus altares abandonados; la flauta de Pan no resonaba ya en las selvas; y sobre su pedestal en ruinas se levantaba, enclavada sobre un madero de sus montes, la figura de un agonizante que abría sus brazos sobre la pálida frente de Eduardo, como para enseñarle á soportar el dolor y á levantar el alma á Dios.

Yo estaba conmovido. Una extraña sobreexcitación dominaba en mi sistema nervioso. El murmullo de las preces que recitaban junto al lecho del enfermo, Luisa, mi tia y otras personas arrodilladas, y el eco sordo de la respiración calenturienta de Eduardo; el perfume de las flores y el olor peculiar de la habitación de un tísico, todo eso hería mis sentidos y provocaba en mí sensaciones que no podía analizar.

Cuando se presentó en la puerta el sacerdote con su pequeña capa blanca, recamada de flores de oro, rodeado de luces y de personas prosternadas, sentí yo no sé qué impresión para mí desconocida. El brillante marfil del piano me fascinaba, me parecía una faja luminosa en la que se movían siluetas fantásticas, creaciones sin duda de mi cerebro exaltado. Mi boca estaba seca y mis manos heladas.

No pude resistir. Dejeme caer sobre el taburete de pajilla, y preludí maquinalmente el quinto nocturno de Leybach. Cerré los ojos, porque en el teclado, como si se reflejaran en un espejo, me parecía ver un enjambre de sombras moviéndose á compás en derredor de mi cabeza. En el fondo de mi inteligencia se despertaba una vaga intuición de mi estado anormal, y sin darme cuenta de él precisamente, sentía una especie de terror de volverme loco.

Nadie se apercibía sin duda de lo que por mí pasaba; solo Luisa, cuya plegaria se oía cada vez más trémula y afanosa. No sé qué hubiera sido de mí, si en aquel instante una voz solemne y pausada, llena de dulzura y de unción, no se hubiera levantado en la pieza del enfermo. Decía el sacerdote:

Domine non sum dignus ut intres sub tectum meum.....

Todas las rodillas estaban en tierra; las frentes profundamente doblegadas; intensamente pálido y como dormido el enfermo, cobijado por la ternura suprema de la mirada de su padre; hasta las flores y las luces se inclinaban al suelo.

El sacerdote, descollando como un árbol secular entre las espigas dobladas por el viento, levantándose por sobre los fieles con toda la altura de su misión sublime, erguida y serena la pensativa frente despojada de cabellos que en largos rizos blancos tocaban casi sus espaldas, triste ante aquella planta que se iba á secar en la hora más radiosa de la vida, llevando en los ojos humedecidos por las lágrimas, como el reflejo sobrenatural de la fé en un mundo mejor, lo cual timbraba su voz con una entonación de infinita dulzura y majestad cuando pronunciaba la fórmula eucarística, aquella figura en torno de la cual la luz que baja del cielo al hombre, que se llama la fé, y la luz que sube del hombre al cielo que se llama la ancianidad, se confundían en una auréola mística de consuelo y de paz, derramó un bálsamo en mi espíritu agitado.

Si llegara á apagarse en el hogar de la humanidad el sen-

timiento religioso, su último resplandor estaría alimentado por el recuerdo de esta augusta ceremonia que convierte en templo y en altar la cámara y el lecho de un moribundo; que para alumbrar la ruta del alma en la entrada de la eternidad, enciende ante ella la antorcha de la oración cristiana; y lo que ninguna religión ha hecho, en la peregrinación inmensa de ultratumba, pone al lado del viajero al dueño mismo de los destinos humanos, que tiende su mano desde lo desconocido para ayudarnos á bajar las gradas sombrías del sepulcro.

Volvió la serenidad á mi ánimo, corrían mis lágrimas silenciosas, y como si aquel cuadro hubiera sido para mí una revelación, obligué al piano á interpretar mis emociones. Sus notas cantaron la plegaria de esperanza y de fé que partía alada de mi corazón hacia el ser que ampara y que consuela. Cuando volví de mi éxtasis todos me rodeaban sorprendidos; el viejo sacerdote puso su mano sobre mi cabeza y murmuró una frase de bendición; mi buena tia estaba radiante de placer, Eduardo sonreía dulcemente, y Luisa lloraba sola y callada en un rincón de la sala.

—Antonio, me dijo el padre de Eduardo, la semana que entra saldrás para México á acabar tu educación musical.

Una ó dos horas habían pasado. Hervía en el fondo de mi cerebro la lava de mis pensamientos encontrados. Sentía yo en mi interior la ebullición de un océano, más tempestuoso y agitado que el que tenía delante de mis ojos.

—México, murmuraba yo, México.

Soñar mucho, crear un paraíso en sueños para el alma y oír de repente una voz que dice á nuestro oído: esa es la realidad. Ver rodar la puerta de un castillo encantado sobre sus misteriosos quiciales, y sentir una mano que nos empuja hacia adentro.

Eran estas impresiones demasiado fuertes para mí en tan corto tiempo. Así es que con la mirada delirante contemplaba apoyado en la baranda del mirador, el cielo y el mar.

El viento había caído; las nubes aglomeradas en el horizonte confundían el cielo y el agua en una ancha raya negra débilmente franjada de oro por la luna; debajo, el mar en espantoso hervor envuelto en una sábana inmensa de lívida espuma; encima un cielo de ópalo, terso y bruñido; en su centro la luna, rodeando apenas su hemisferio oscuro con un arco finísimo de plata oxidada; arrastrábase la niebla en grandes girones por sobre la superficie de las olas, velando los buques que habían escapado del temporal, y los astros que aparecían como gotas de agua cristalizada en los cielos.

México, México, pasiones en guerra, inteligencias en combate; el placer y el sufrimiento disputándose el trono; el oro al lado de la llaga; la sombra y la luz repitiendo la lucha de Jacob y el ángel; la antítesis, es decir, la poesía, y sobre aquel torbellino de hombres y de acontecimientos, la deificación de la mujer, bella, ardiente, luminosa..... ¡Pobre Luisa!

gozarán como se goza siempre con lo bello y con lo bueno.

En la colección de poesías del mismo autor, en sus delicadas y melodiosas «Rimas,» hay una poesía descriptiva, que según mi pobre juicio es excelente en su género; en esta composición encuentro el siguiente pasaje, que por su belleza, y por pertenecer al género materia de este artículo, no me puedo resistir á copiar:

En tanto el sol se levanta
Sobre el lejano horizonte,
Besa la bóveda limpia
De un cielo sereno.....Entonces
Las fatigadas tareas
Suspenden los labradores,
Y un santo respeto embarga
Sus sencillos corazones.
En el valle, en la floresta,
En el mar, en todo el orbe
Se escuchan himnos sagrados,
Misteriosas oraciones;
Porque el mundo en esta hora
Es altar inmenso, en donde
La gratitud de los seres
Su eterno holocausto pone.
Y Dios que todos los días
Ocupa tan santa arca,
La enciende del Sol que nace
Con los puros resplandores.

(La salida del Sol.)

Concluyo citando el final de una poesía de Gustavo A. Baz, intitulada *Inocencia*, que revela las brillantes disposiciones del joven poeta para la poesía descriptiva y del hogar.

Es un cuadro de la buena escuela:

Principia luego la lluvia
A sacudir la enramada;
I mugiendo en la campilla
Violento el arroyo, lanza
Fuera del cauce pequeño,
Sus turbias, irruentas aguas;
Balan vistes las ovejas;
Gime el viento entre las ramas;
Todo se agita medroso
Desde el valle á la montaña.
Tan solo inocente niña,
Serenas la faz i el alma,
Murmura junto á la lumbre
Su misteriosa plegaria.

Termina aquí la larga revista que á grandes rasgos he intentado trazar sobre un género, permitaseme decirlo, casi enteramente desconocido en México: si alguno ha recordado sus impre-

siones, después de leer las que en mí han causado mis autores predilectos; si alguien por mí ha podido decidirse á estudiar la literatura honrada, y aun á cultivarla, quedarán cumplidos mis deseos.

MANUEL DE OLAGUIBEL.

DESTELLOS.

Los vastos horizontes, los celajes,
Las nubes vagabundas,
Todo, la noche triste i silenciosa
Entre su sombra oculta;
Los astros solo en la extension del cielo
Rutilar se vislumbran;

En los áridos campos de la muerte,
Sobre ignoradas tumbas
Que se elevan cubiertas de zarzales
Sin inscripcion ninguna,
En medio del silencio i de las sombras,
Débil chispa fulgura.

¡Antorchas funerarias de los cielos!
¡Exhalaciones mudas!
¡Solo acaso destellos de esperanzas
Cuyo fulgor anuncia
Nuevos campos de vida, nuevos mundos,
Mas allá de la tumba!

GUSTAVO BAZ.

JUSTO SIERRA.

CONFESIONES DE UN PIANISTA.

II

Probablemente esto es lo único que puede llamarse sobre la tierra *ser feliz*.—He logrado hacer venir á México á los dos seres que han sido los ángeles de mi juventud, y vivimos muy contentos; Luisa me dice que esto le da miedo. Yo no tengo miedo de nada. Trabajo mucho y gano una vida bastante cómoda. Dos ó tres *polkas* mías han hecho furor. Un día de estos haré una ópera, y de seguro obtendré un éxito sorprendente. Tengo sobre mi mesa un proyecto de variaciones al *Miserere* del *Trovador*. Todo el día hablo de notas y compases. Tomo el tren por la noche, y me vengo á descansar á este mi cuartito, con su jardín debajo de la ventana, y un bonito surtidor en medio del jardín.

Una vez me puse á traducir en música la charla perla de la fuente..... imposible..... ¡Qué risa me dan los que hablan de embellecer á la naturaleza! Estos la habrán visto; pero de seguro no la han sentido. Ella lo tiene todo; examinadla con el microscopio, y la descompondreis en átomos; admiradla con el antejo de Cambridge, un microscopio del cielo, y la descompondreis en mundos. Y sereis bien desgraciado si no percibís la rima del mundo y el átomo en el gran poema de la creacion. Compond un millar de volúmenes de estética y no formareis un poeta; dejad flotar una ola ante los ojos de un soñador, y tendreis á Lord Byron. Embellecer á la naturaleza..... ¡blasfemos! vosotros la veis como los miopes sin duda..... esos rasgos del genio humano que os parecen embellecimientos, no son sino revelaciones, sino reflejos de su hermosura suprema débilmente traducidos en el lenguaje humano; son los fulgores de la inteligencia iluminando para los hombres el umbral de los sagrados misterios. Quereis saber cómo el papel del poeta, es esencialmente revelador al lado de la naturaleza; como ella es el Dios, y él el sacerdote? Leed el *Niágara* de Heredia, quiero creer que sois susceptibles de profundo entusiasmo; acercaos luego á la caída portentosa..... el libro resbalará de vuestras manos..... y vosotros solos hareis con los ecos de aquel rumor gigantesco, vuestra propia poesía..... esa vez habreis sentido, habreis entrevisto, á la madre de todo lo bello y de todo lo bueno..... y los versos del poeta, como las palabras mágicas con que se evoca un ser superior, habrán hecho vivir á vuestros ojos esa maravilla que ha hecho de su murmullo un trueno, y de su aliento una tempestad.

La culpa de esta disertacion la tiene este inepto de Carlos, que cree mejores los ojos de la Virgen del Coro que preside á los canónigos en la Catedral, que los ojos de Emilia, mi futura discípula, una vírgen blonda; sin notar siquiera que aquella es obra de Murillo, y esta es obra de Dios.

¡Emilia! de seguro que alguno de estos locos petimetres creeria que estoy enamorado de ella. ¡Bah! no, la admiro como todo lo que es bello, como todo lo que es bueno. La amo tal vez; pero con el mismo amor con que amo la *Pastoral* de Beethoven, la romanza del *Salice* en Othello, ó esas divinas armonías de *Freischütz*, en que la romántica fantasía de Weber parece haber traducido en notas los ritmos solemnes de las selvas y las voces misteriosas de los espíritus elementales de la naturaleza; mejor dicho, la amo como el azul de tus mañanas primaverales, ¡oh! tierra bendita de la luz, ¡oh! México, la Nápoles de las montañas; ó como el recuerdo de mi mar, de mi amigo de la infancia, tan grande y tan bueno; no, no, no la amo así..... En fin, no sé explicar este sentimiento, mas no es como el amor que tengo á Luisa, que pronto será mi esposa.

Esta noche tocaré algo en el concierto adonde me llevará Carlos; se celebra el santo de la mamá de Emilia, se bailará un poco: Carlos dice que quizá salga yo de allí maestro de piano de Emilia. Necesito hacerlo muy bien para que no sea para ello un inconveniente mi juventud. Carlos manifiesta muchísimo empeño, y de seguro lo conseguirá..... Qué pieza tocaré? no, el quinto nocturno de Leybach es sagrado,

le he prometido á mi madre no tocarlo sino cuando ella me lo pida. Qué diablo! tocaré lo que me pongan á la vista; como si el piano no fuera mi esclavo; sumiso y obediente, gime ó rie á mi antojo; tambien yo soy rey, tengo mi pueblo de teclas de marfil.

Alas siete de la mañana.

Estoy, felizmente, instalado de nuevo en mi escritorio despues de una noche de agitacion y de insomnio. La pobre de Luisa me esperaba desde muy temprano en el jardin, y he creido sorprender en sus ojos, como la sombra de un sufrimiento cruzar por el fondo límpido y puro de sus pupilas. La verdad es, que no habia yo pasado una noche fuera de casa desde que ellas vinieron á México. Mi excelente tia me esperaba tambien para abrazarme, segura de que habria yo obtenido espléndidos triunfos. Será preciso quizá volver á enviarla á la costa, porque me parece cada dia mas delgada, y esa tos persistente y hueca..... pero está contenta. Todo ello sin duda ha de ser nervioso; este México me da idea de uno de esos aparatos electro-magnéticos del doctor Duchesne, con cuyas corrientes estamos en perpetua aunque invisible comunicacion, y que mantienen el sistema nervioso en un grado de excitacion extraordinaria, á juzgar por lo que con ellos he sentido; de esto han de provenir los males de mi buena madre. ¡Qué placer le ha dado la noticia de que la mamá de Emilia me ha invitado á dar lecciones á su hija! Y á mí! si no me conociera bien, diria que estaba enamorado de mi discípula. Carlos tambien muestra una gran satisfaccion; simpático muchacho, con razon le quiero tanto; parecia que él era el que habia recibido el encargo y no yo. Solo Luisa..... vaya; es inútil, es tonteria que quiera hacer la mártir silenciosa; al cabo aun cuando llegara yo á no quererla, me casaria con ella, porque se lo he prometido.

Durmamos un poco.

.....
Evidentemente algo de muy raro está pasando por mí.

No puedo dormir, y no siento, con todo, malestar alguno. De repente una deliciosa fruicion recorre mi cuerpo, como una serpiente eléctrica..... el recuerdo de anoche, vivirá en mi memoria largo tiempo.

¡Emilia! bello nombre á fé; yo creo que así llamaria á mi primera hija; parece un nombre modulado por la brisa en una arpa eólica. ¡Emilia! y qué bella es! Creo que es alta, y delgada; no lo sé á punto fijo, tan admirable armonía reina en toda ella; si no es alta, peor para las altas, y si no es delgada lo siento por las gordas.

Qué linda es, qué linda! Con su gran trage de seda blanca y su sobreveste de gasa color de paja, aquí y allí recogida con rojos botones de una de esas flores fantásticas, inventadas por la moda. Cómo brillaba la cinta de oro que besaba su redondo cuello de criolla; pero no como su opulenta cabellera blonda ondulosa, espesa, suave, una de esas cabelleras en que quisiera uno anegar las manos ardorosas en las horas de pasion, y desordenar con nuestros besos en los minutos de fiebre.

Si yo fuera de esos que saben perder en la húmeda som-

bra de las pupilas, la misteriosa irradiación de una alma; si yo supiera retratar como el Ticiano y amar como Rafael.... y viera á Emilia, erguir delante de mí su figura de arcángel; yo con todos los laureles del genio sobre la frente; ella con la diadema de su belleza y de sus quince años, rompería yo mis pinceles, me arrodillaría ante ella, y.....

No se puede negar que si leyese estas mis intimidades mis amigos, se reirían, persistiendo en la tonta creencia de que estoy enamorado de esa muchachapero no.....esto no es el amor.....el amor es una cosa tranquila y serena, es lo que yo siento por Luisa..... Mientras que ahora estoy agitado, tengo la frente calenturienta; quisiera tener un pretexto para llorar.....

Esto debe ser lo que yo llamaba en mi infancia *México*, ese México entrevisto hasta ahora, hasta hoy vagando como un paraíso encantado en el confín de mi desierto. México quería decir para mí un mundo de luz, de pasión, de sueños; ese mundo lo veo hoy concentrarse entero en una mujer. Seamos reflexivos, quién sabe cuantos sufrimientos ignorados, cuántas penas sin nombre aún, para mí, toman silenciosamente un puesto en la emboscada de mi vida..... Sufrir, amar, este es el destino de las grandes almas.....yo quiero sufrir, Dios mío, Dios mío, yo.....Iba á decir, *quiero amar*, pero no ¡oh! no lo diría nunca, aun cuando lo sintiera.....

Muchos días han pasado sin que yo recordara para nada la cartera en que apunto mis impresiones.

Después de todo, quien se había de figurar que Carlos estuviese enamorado de esa muchachita amiga de Emilia, tan coqueta y tan fea.....pero creo que Carlos perseguía en esos amores el fantasma de un millón. Y alguna fechoría intentaba, cuando dos ó tres días después de llegado de Europa el padre de Emilia, ha habido escenas en que esta ha llorado mucho, y después de eso Carlos no ha vuelto á la casa. ¡Qué injusticia el suponer á Emilia cómplice de la pollita del polvo de arroz en los amoríos de mi amigo!—Carlos y Emilia me han explicado, bajo las mayores reservas, por supuesto, esta triste ocurrencia.

Emilia es ya una pianista consumada..... y ¡qué voz, por el cielo! ¡qué voz! Solo su cara es mas linda.

Yo me paso la mayor parte del día en su casa. Esta vida del campo acaba por fastidiar; he encontrado en la ciudad una bonita habitación cerca de la de Emilia. Allí iremos; quizá mi tía recobre la salud que decididamente ha perdido aquí. La pobrecilla me ha hecho renovar la promesa de no tocar el quinto nocturno, sino cuando ella me lo pida.

—No tardaré mucho en pedírtelo, agregó con una expresión de profunda melancolía.

Luisa, entretanto, me parece también un poco enferma; algo como un sentimiento de resignación suprema, da á su fisonomía no sé qué tinte sobrehumano.

O será que yo quiero, que necesito que Luisa se resigne á una desgracia: en este lugar, ante esta hoja blanca en que va corriendo mi pluma, ¿no me he hecho el juramento de decir todo lo que siento? ¿No son estas mi confesiones? ¿No hay algo dentro de mí que quiero ocultar á mi mismo?

Valor, pues, deja que el corazón hable; Dios sabe porque te lo ha dado así.

Emilia:

Nada nuevo debe ser para vd. saber que yo la amo. Nada, tampoco, puede darle una idea de lo intenso é ilimitado de mi cariño; ni la luz del sol, ni la profundidad de los espacios, ni todo lo que los poetas encuentran de mas bello para casos semejantes. Así es, que si deseo que vd. me comprenda, es porque deseo que me ame, y el amor solo puede explicar al amor.

Emilia, qué estrecho y qué mezquino es el horizonte de la vida cuando lo vemos en la realidad: qué bello, qué luminoso y puro es ese horizonte cuando todo se concentra en la sombra de una pupila. En la sombra de tus pupilas de ángel, Emilia mía, entreví la primera revelación del porvenir: desde entonces siento en mi pecho aliento para engrandecer el sueño mas gigantesco del genio, siento en mi cerebro agitarse mas gérmenes de ideas que los que han vivido en el corazón del hombre desde que pensó en crear el fuego y encendió un hogar, hasta que quiso crear un corazón y soñó á Julieta..... Todo este mundo mío, se arrodilla ante ti, Emilia, se arrodilla ante vd.....

Ocho horas después.

No quiero pensar, porque no quiero sufrir.

Después de algunas horas de temblar mucho, me atreví á decirle al tiempo de despedirme:.....Emilia, ¿sería vd. tan buena que quisiera leer estos renglones?

—Si, con una condición, me contestó: que ha de acceder vd. á una cosa que varias veces le he pedido inútilmente..... dice vd. que desde que tocó hace mucho tiempo un nocturno de Leybach, no ha vuelto á hacerlo..... hágame el favor de tocarlo ahora.

—Imposible, Emilia.

—Adios, Antonio; es vd. demasiado buen muchacho para ser un buen amante.

Continuará.

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

A MI QUERIDO AMIGO JOSÉ RUIZ.

Ya se van.....

Durante la primavera salieron de las yemas, como salen las jóvenes de la infancia, lozanas, llenas de vida, de vigor y de belleza; extendieron sus tejidos al influjo benéfico de la luz y del calor, bebieron la vida, y empezaron el incansable trabajo de la absorción y de la respiración.

Pero ya se van.

Presentaron sus frentes de esmeralda á los rayos del sol nascente, y se engalanaron con el polvo de oro de la alborada.

Así presenta la juventud su fantasía al sol del mundo, y se engalana con las ilusiones y con los sueños.

sus respectivas capas y abrigos detienen aún en los salones, dormitan melancólicos en los sofás. Por fin, penetra la luz del día por las claraboyas, haciendo palidecer la de las bujías que lloran sus postreras gotas de esperma. El salón toma un aspecto lúgubre; la alfombra roja parece un verdadero campo de batalla, en donde yacen esparcidos pedazos de listón, fragmentos de vestido, flores ajadas. Aquí ronca un señor; mas allá, un *pelle* conocidísimo trata de restablecer las leyes de un equilibrio que no puede menos de ser inestable. Meditando estaba yo sobre las vanidades de este mundo en general, y de los bailes en particular, cuando un sombrero lanzado por una mano vigorosa vino á aplastármeme en el pecho; comenzaba la San Bartolomé de los sombreros. ¿De dónde partió la señal? no sabré decirlo, pero seguramente no fué de S. German l'Auxerrois. ¿Estaba dirigido aquel complot por la mano de uno ó de varios sombrereros? No me cogería de nuevo si así fué.

Cuando no hubo quedado un solo sombrero por aplastar, se decidió á retirarse la última falange, dejando en pos de sí algunos heridos mortalmente, de los cuales nada diré: ¡respeto al valor desgraciado!

El sol había salido ya completamente; los barrenderos de la plaza levantaban con sus artísticas escobas una nube de polvo, que al envolver nuestras personas, habría de darnos un aspecto un tanto cuanto fantástico; los pilluelos nos veían con aire azorado; las devotas que iban á misa de alba, se santiguaban al ver nuestros rostros pálidos, nuestros sombreros desfondados, y nuestros fraques adornados de arabescos de esperma, y se decían: «¡Pobrecitos! ¿de dónde vendrán?»

Del baile, almas caritativas, del baile de la Lonja que estuvo espléndido, y en donde nos divertimos como se puede uno divertir todavía á nuestra edad; de ese baile, cuyo grato recuerdo conservaremos, como conservamos el de todos los que tuvieron el tacto, la gracia, la buena voluntad, y los medios de que fuera tan hermoso y tan *high-life*.

Y ahora, ¿cuándo será el otro?

G. GOSTKOWSKI.

EN EL HOGAR.

AL MOMENTO E INSTRUYENDO ESCRITOR FRANCISCO DE P. GUZMAN.

Oid cómo resuena en las montañas

La voz del huracán;

Ya tiemblan sobre el campo las caballerías,

Las aves á los árboles se van.

Mirad cómo se cubre el firmamento

Con hórrido capuz;

Terrible el rayo al estallar violento,

Llena el espacio con rojizas luz.

La lluvia se desploma amenazante.....

¡Sinestra confusión!

¡Ay! ¡pobres del pastor y el caminante!

Alzemos por su bien nuestra oración.

JUSTO SIERRA.

CONFESIONES DE UN PIANISTA.

III

Tengo el convencimiento de que Emilia me ama, y de que esa manía de evitar el encontrarse conmigo á solas, es porque quiere poner mi pasión á prueba. Yo paso mi vida entre la ansiedad y la tristeza. De noche llamo con ansiedad el día, para verla; de día pienso con tristeza en que llegará la noche. Su familia ve mi asiduidad con cierta complacencia; saben que yo soy bueno y la quiero mucho. Llegaremos á ser muy felices.

Las noticias de los míos no son nada satisfactorias por cierto. Ayer, día de mi cumpleaños, recibí un pañuelo bordado por Luisa. Quisieran que yo fuese á verlas. Mi buena tía me dice al fin de la carta, en trémulos renglones, que siente aproximarse el momento de la despedida. ¡Ah! si no fuera porque estoy persuadido de que son preocupaciones de la pobre anciana, yo volaría á cuidar de sus momentos postreros, como ella cuidó de los primeros míos. No, no me retendría el amor de Emilia. He extrañado que en la carta de Luisa no se encuentre ni la menor alusión á nuestro antiguo amor, ni una frase siquiera de celos. ¿Me habrá olvidado? Tal vez otro..... Esto es para dudar de todas las mujeres. Con que crea usted en la santidad, en la constancia, en la pureza de alma. Luisa me engaña; un nuevo afecto ha sucedido al que poco tiempo hace me juraba bañando en lágrimas mis manos; acabaré por volverme escéptico.

Quizá mi segunda madre protege esta inclinación, porque cree que yo no soy el que mejor puede asegurar la felicidad de su hija; ¡tiene razón! Pero si lo cree así, ¿á qué empeñarse en que yo vaya?.....

He leído las anteriores líneas, y me parece que me estoy volviendo infame.

¿Qué es, pues, lo que por mí pasa? Necesito un consejo. Siento hoy una desazón mortal; de repente me incorporo sobresaltado, con ganas de pedir socorro. Y ¿quién me lo dará? ¿Carlos? No, me es antipático este muchacho; algunas veces revela una extraña ironía en sus palabras, sobre todo si hablamos de Emilia. ¿Qué le habrá hecho aquella coquetuela! No sé; pero noto que no me quiere ya Carlos. Y á fé que está pagado. En resumen, desde el día en que me rehusé á llevar una carta para Emilia, en que según me dijo, daba explicaciones sobre su conducta en la casa, y presentaba sus excusas, no ha vuelto á verme. Emilia se disgusta también mucho de que le hablen de él.

Pero si no he de pedir un consejo á Carlos, ¿á quién pedirselo? A quién mejor que á Félix, mi sabio de veinticinco años? De paso quizá se le ocurra algo bueno á ese loco de Ricardo.

*

Los he visto, he pasado con ellos un rato delicioso, y quedamos citados para ir esta noche á las seis á San Angel, para tratar de ver á Emilia que va á un baile en casa de una amiga nueva de su mamá. Yo no puedo ir, pero trataré de verla, y mis dos amigos la conocerán.

Recordaré, entretanto llegan, mi entrevista con este par de entes originales, más abundantes en México de lo que se cree. Difícil es hallarlos en pleno día. Viven en el claro oscuro, mas bien inclinados á la sombra que á la luz. Habitantes de uno de esos mundos que pocos conocen, en que para revivir una civilización muerta basta una taza de café, el roce de una falda para hacer un poema, y una espiral de humo de cigarro para corregir los defectos del paraíso. México tiene un poco de ese mundo en todas partes; en sus casas mas suntuosas y en sus mas oscuros zaquizamies; pero al Noreste de la ciudad, en el barrio de las escuelas, es en donde está el centro de lo que un parisiense llamaria *la bohemia estudiantil*, de la que han salido casi todas las grandes ilustraciones del país, y que va desapareciendo ya á medida que la mediocridad extiende su brillante cetro de latón por todos los círculos de esta medianamente culta capital.

Viven en una gran celda, en uno de los corredores mas claros del convento, por haberse venido abajo casi toda la arquería del corredor; esto les ha servido para hacerse una escalera de servicio, como ellos dicen, pues bajan al patio por sobre los escombros, pisando aquí un fuste de columna, allí un capitel churrigueresco, por acá un nicho, mas allá las ramas de una higuera que ellos llaman *el descanso*, desde donde se deslizan por uno de aquellos barandales labrados á martillo por el siglo XVII, hasta el pretil de una fuente medio perdida entre las yerbas. Me guardé bien de abordar los fantásticos peldaños que de noche, á la luz de la luna, recuerdan,

según Ricardo, los diabólicos senderos por los que ascendió Fausto á la cumbre del Brocken en la noche clásica de Walpurgis.

Félix es médico, ó lo será muy pronto, y es también pintor. Difícilmente hay un hombre que sepa mas que él; lo que no ha leído lo adivina. Nunca ha hecho un verso, porque dice que le disgustan todas las formas de poesía y todas las métricas de los idiomas modernos, y hace poco se habia puesto á inventar algo en esta materia, pero abandonó la empresa el día que se tropezó con este pensamiento de Goethe: *Hablamos demasiado, deberíamos hablar menos y dibujar mas: en cuanto á mí, quisiera renunciar á la palabra, y como la naturaleza plástica, hablar solo en imágenes. Hay en la palabra algo de tan inútil, de tan vano, de tan ridículo, en fin, que el terror se apodera de vosotros ante la austera serenidad de la naturaleza, y que su silencio os aterra cuando os encontráis cara á cara con ella frente á algun aislado lienzo de granito ó en la soledad de alguna antigua montaña.*

En su libro de recuerdos habia un apunte que da idea de su carácter excéntrico. «En las religiones de nuestros antepasados los indios, se encuentra un fondo sublime de verdad y de admirable inteligencia de la gran naturaleza; los ignorantes solo han visto las formalidades extravagantes y los ritos sanguinarios; pero la tarea santa de nuestro patriotismo seria restaurar la religion de nuestros padres en armonía con el culto de lo bello.» Desde aquel día se declaró sacerdote mexicano y empezó á redactar un decálogo tolteca; pero suspendió su obra de iniciación cuando una vez llegó á hacer estas dos observaciones: que los pájaros, los pescados y los insectos, presentan solamente colores de brillo metálico, mientras las plantas y los zoofitos no los presentan nunca; y esta otra: que la parte de los animales que mira á la tierra, es mas pálida que la que ve al cielo. Pintor y naturalista, el estudio del colorido en la materia orgánica le devolvió su pasión por los libros de medicina, y en lugar de querer un grado de doctor en la teología de Anáhuac, iba á recibirlo en medicina y farmacia.

Ricardo era un poeta.

En el primero, la razón habia acabado por dominar á la fantasía; en el segundo, más joven y más ardiente, la imaginación solo estaba subyugada por el sentimiento. Yo iba á pedir á Félix un consejo, á Ricardo un abrazo.

Empujé la puerta de la mas extraña celda que hubo nunca. Componíase de dos piezas y una cocina. La primera se llama *la sala de recepción*. Tres enormes cuadros cuyos marcos habian vendido los dos estudiantes, cubrian casi en su totalidad los lados de la habitación. Apoyados en el suelo sus bastidores, casi tocaban al techo. Entre estos bastidores y el envigado de cedro, se ostentaba la mas empolvada y caprichosa colección de frascos, vasos, retortas, tubos y sifones que se haya podido encontrar, mezclada con manojos de plantas secas, aves disecadas, calaveras de diversos animales, armas y pipas. Junto á una ventana, cuyos quiciales estaban ocultos por las torcidas volutas de una coquetísima enredadera que dejaba penetrar hasta el interior del cuarto sus húmedas campanillas azules, habia un caballete con su lienzo, en el que

había bosquejado un retrato de Ricardo. Del otro lado de la ventana, un piano que había regalado al poeta una persona de sesenta años y muy rica, que se enamoró de él.

Pintar el desorden que reinaba en aquella celda, sería casi imposible; y sin embargo, parecía mas arreglada que el comedor del palacio Buckingham, al lado del dormitorio. Los cuadros, despojo de los claustros, seguían haciendo el principal papel; uno de ellos servía de alfombra, pero cubierto por una gran pintura de Félix que representaba un cielo con nubes de todas las especies y colores, con su luna de color de melon y algunas constelaciones; semejante capricho estaba, sin embargo, muy bien ejecutado: en medio del cuadro había un lente de vidrio admirablemente imitado. Esta idea de alfombrar el suelo con el cielo, puesta en planta por Félix, provenía de Ricardo, que gustaba de reclinarse sobre las nubes y de figurarse suspendido en el aire. Otra ocurrencia del *bardo*, como le llamábamos, había sido la de hacerse una biblioteca en los libreros del cardenal Belarmino (cuyo retrato, de tamaño natural, había encontrado en la celda del guardian) por medio de unas tablas clavadas detras del lienzo, cuyos gruesos bastidores permitían esta trasformación, y eliminadas las partes de la tela en que estaban pintados los libros, el buen bibliotecario del Vaticano tiene á sus espaldas á Laplace, á Lord Byron, á Strauss y á Quintana, en vez de las *Disputationes de controversiis fidei*, etc., y del libro *De potestate summi Pont.*

Cuando entré, Félix estaba echado en el suelo, apoyados los codos en la Osa mayor, y la cabeza en las manos, y contemplando con la paciencia de un Huber ó de un Dufour, el ir y venir de los interesantes insectos. Ricardo, sentado en un viejo sitio de cuero y teniendo una fotografía en la mano, dormía. Al verme, despertóse murmurando un verso parecido á aquel de Becker:

No dormía; vagaba en ese limbo
En que cambian de forma los objetos,
Misteriosos espacios que separan
La vigilia del sueño.

Félix me vió por encima de su hombro, y sin abandonar del todo su postura, me dijo: «ven á estudiar los preparativos de una batalla entre estas hymenópteras; las aristócratas de arriba se preparan á batir á la plebe que hormiguea en el tronco de la higuera: antes de dos horas se pondrá el ejército en marcha. Te invito á partir conmigo al teatro de la guerra.»

Ricardo, sin soltarme el brazo, decíame al mismo tiempo: «No oigas á este loco que se ha empeñado en dar lecciones de derecho representativo á esos monstruos microscópicos; ven al piano y tócame, como tú lo sabes hacer, la serenata de Schubert, el músico de los que están enamorados sin desesperar, pero sin esperar tampoco. Figúrate que anoche, mientras una persona destrozaba en el piano al inmortal melodista, creí por un momento que ella fijaba sus ojos grandes, brillantes, altivos, en los míos, y sentí que mi vida entera se encontraba en sus pupilas; era tan sorprendente la luz de aquella mirada en que parecía vagar como un destello de los cielos su alma infantil y pura, que me pareció escuchar un

coro de querubines tocando en sus arpas la melancólica serenata. Sabes lo rápidamente que me lanzo al mundo de los sueños; el fulgor de aquellos ojos iluminó en mi cerebro tantos encantados paraísos ocultos en la sombra, tantas estrellas dormidas en mi noche..... que en ese instante comprendí por fin que era poeta.... ¡Antonio! si ella me amara, haría al mundo inclinarse ante mí, y yo me echaría como un perro bajo sus dos piecitos de hada. Pero no me amará nunca.....»

Y el pobre Ricardo se mordía los labios como si quisiera impedir la formación de una lágrima, que temblaba ya en sus pestañas.

—¿Por qué lo crees así? le pregunté yo.

—Porque quiere á otro, y es de la raza privilegiada de las mujeres que quieren una vez sola.

Félix le interrumpió diciendo: «Ya te he dicho que esa criatura, ó es privilegiada como tú dices y entonces no podrá querer á la persona que me has mostrado, cuyas líneas cerebrales pertenecen al género negativo, ó no hay tal privilegio..... y entonces abandona la partida, porque dado un aspecto mucho mejor que el tuyo, y cierta audacia de lengua, no hay mujer vulgar que resista..... pero como creo que tú no buscarás una mujer cualquiera para partir contigo el peso de la vida, como dice el Código civil.....»

Ricardo se había puesto pensativo, y yo aproveché aquella pausa para contar á mis amigos lo que me pasaba, y les pedí consejo. Félix repuso sin vacilar: «Aléjate de esa mujer.» Ricardo me dijo: «Acércate á tu madre.»

Yo quise protestar; aquella severidad me pareció excesiva, pero Félix previno mi idea, diciendo: házmela conocer, y yo confirmaré mi opinion ó me retractaré.

—Pues vengan ustedes esta noche á San Angel conmigo; tendremos una pequeña aventura, y verán á Emilia.

Y quedamos convenidos en salir para San Angel en el tren de las seis.

✱

El firmamento, anegado en una niebla plateada, permitía distinguir apenas las grandes constelaciones; en persecución del Toro, cuya pupila roja brillaba en lo alto del cielo, el gigantesco trapezio de Orion se inclinaba sobre la oscura cortina de las montañas, y la luna en menguante ardía blanca y pálida encima del Ixtacihuatl, como una lámpara colgada sobre el sepulcro de una reina. Entre la sombra del horizonte serpeaba á veces una línea azul indicando el paso del viento por los lagos, y mas allá de los tersos tableros de los trigales, una mancha lívida marcaba el sitio de la capital. Los álamos rumorosos lamían con sus larguísimas sombras las rocas de la montaña, en que escondidos aguardábamos el momento de penetrar en la huerta. Los pájaros gorgearan soñando, como dice Uhland, y el eco lejano de la música se mezclaba en torno nuestro con la risa argentina de las corrientes de agua que se alejaban conversando con los zéfiros por las vertientes.....

Ricardo ha escrito en mi libro esa página de poesía; yo he olvidado cómo ríe la naturaleza; solo sé cómo llora el

corazon. Tengamos el valor de las memorias tristes; siento en ello un amargo placer.....

Estábamos ya en la avenida de álamos, mi corazon palpitaba violentamente: ¡cuántas veces un rayo de luna me pareció su falda rozando las malvas y los rosales! A poco se destacó entre el rumor confuso de la noche el eco de un diálogo; nos acercamos..... era la voz de Emilia; sentí que la sangre desgarraba las aberturas de mi corazon para poder escaparse libremente; la otra era la voz de Carlos..... Hé aquí lo que recuerdo.

—Carlos, me has hecho sufrir mucho, me martirizas, y por tí estoy cometiendo la infamia de hacer sufrir á otro.

—No hemos venido aquí á llorar, Emilia. O Antonio no vuelve á tu casa, ó antes de un mes estoy casado con otra cualquiera..... sobran por ahí.

—Pero óyeme; tú sabes bien que estoy fatalmente ligada á tí, y abusas innoblemente. ¿No crees que Dios me castigaria si despues de dejar que ese pobre muchacho se enamorara de mí, por tus consejos, ahora porque se te antoja tener celos, le despidiera..... seria matarlo.

—Oye, Emilia, ni Dios se mete en chismes de mujeres, ni ese pobre cándido se morirá por tus ojos negros.

—Eres un malvado, Carlos, incapaz de comprender ni el sacrificio, ni la pasion..... pero yo no haré lo que tú me propones..... yo quiero á Antonio..... porque en fin, él sí me ama; y si he sido capaz de engañarle hora por hora y minuto por minuto, quiero que Dios me perdone, agradeciendo tanto cariño á ese pobre jóven.

—Muy bien Santa Emilia. Eres la chica mas lista que haya encontrado nunca. Esto deseaba yo; así es que quedamos buenos amigos; tú te casas con *ese pobre jóven* y yo con tu antigua amiga; ella es fea, pero tiene mucho dinero; tú tienes poco dinero, hija mia, y yo te devolveré tus cartas para que nadie llegue á saber que he tenido una querida tan linda.

Han pasado algunos dias, y estoy muy enfermo, á Dios gracias, mortalmente.....

Probablemente ya no te mancharé mas con tinta y con lágrimas, pobre cartera mia. Adios, voy á ver quién llama..... si fuera la muerte..... No, no; es, es, E.....

[Continuará.]

EL TELÉGRAFO INTERCONTINENTAL.

Parece, nos decía hace poco un poeta amigo nuestro, que las generaciones de estos dos últimos siglos han poseído un misterioso talisman, al cual ha obedecido la naturaleza, revelándole sus fuerzas mas ocultas y sus armonías mas sublimes. En efecto, en las edades pasadas el progreso de la ciencia y de sus aplicaciones, fué lento; pero en estos últimos años los descubrimientos se han sucedido maravillosamente, las aplicaciones se han multiplicado, y mientras que pasaron veintiseis siglos desde que se observaron por primera vez las propiedades eléctricas del ámbar amarillo, hasta la primera

experiencia de Galvani, y más de dos mil años desde que Esquilo menciona en su célebre Trilogia á los telégrafos de señales, hasta que Sommering quiso valerse de la descomposición del agua para comunicar las ideas á distancias mas ó menos lejanas, pocos años han bastado para que en la presente centuria, la electricidad dinámica se haya elevado á ser uno de los principales ramos de la ciencia, y para que Wheatstone y Morse hiciesen del telégrafo un instrumento preciso é indispensable para la vida social de los pueblos.

Débase á la casualidad ó bien á la propagacion de los conocimientos humanos, lo cierto es que en nuestra época se han fijado loscimientos de una senda por la que han de marchar las generaciones que nos sucedan, y que cada día se nota una tendencia cosmopolita mas profunda en el corazon de la humanidad.

Mientras que las ambiciones personales de sus gobernantes tienden á desunir á los hombres y los pueblos, la ciencia los une y los reconcilia; en tanto que la politica y la diplomacia pretenden revivir hábitos antiguos y vergonzosos, y celebran contratos de mala ley, los sacerdotes de la ciencia protestan levantando una bandera en que se leen escritas estas palabras: *¡Fraternidad universal!—¡Federacion de los pueblos!*

La era del progreso que comenzó hace tiempo para diversas naciones, es saludada hoy por México al sentir palpitante en su seno todas las ideas, todos los pensamientos del mundo civilizado, y desde que empieza á jugar instante por instante todas las agitaciones de la vieja Europa, revelándole en cambio todas las inquietudes y zozobras de su jóven y débil generacion.

Todos los que tienen un átomo de patriotismo, deben pensar hoy que el mundo va á jugar de nuestra patria con la claridad con que no ha podido hacerlo hasta ahora; porque entre las comunicaciones antiguas y las comunicaciones telegráficas, hay la misma diferencia que entre las crónicas que se escribían antes en el fondo de los conventos ó por orden de los reyes, y el periodismo de nuestros dias; en las primeras solo se conservaba una sombra vaga de los acontecimientos, y la opinion de un escritor pasaba á los siglos futuros como la opinion general de toda una época y una raza; mientras que el periodismo marca minuto por minuto todas las opiniones, todas las aspiraciones y deseos de los diversos bandos que figuran en la politica, ó de las falanjes que se disputan la primacia en las regiones científicas y literarias.

El telégrafo y el periodismo, son los ministros del reloj que marca la vida de las naciones.

La union telegráfica de México con Europa y los Estados-Unidos, la próxima comunicacion de la capital de la República con la isla de Cuba, Yucatán, Campeche, la isla del Carmen y Centro-América, son acontecimientos que demuestran todo lo que puede ganar nuestra raza, si la paz y la tranquilidad pública son duraderas en ella, y todo lo que puede perder si vuelve á ser como antes el juguete de bastardas y mezquinas ambiciones.

México, por su posición geográfica, por la variedad y riqueza de sus productos, por la diversidad de sus climas, ha de llegar un dia á ser el emporio del comercio y de la in-

ren los rumores mas contradictorios tocante á la fecha en que deberá abrirse ese gran proceso, que con razon trae tan preocupado á todo el país.

La verdad es, que no puede fijarse de antemano ninguna época con certeza; hay que aguardar á que terminada la instruccion, dé á conocer el Ministro de la Guerra sus disposiciones relativas al mayor ó menor empeño que tome en que se activen los debates.

Como que la instruccion no puede quedar concluida sino para principios de Diciembre, solo hasta entonces comenzarán á traslucirse las intenciones del gobierno; es de suponer que serán tales, que den á la opinion pública una legitima satisfaccion, por cuanto á que el haber sido acusado el mariscal Bazaine, ya es, en suma, una victoria de esa misma opinion pública.

La redaccion del informe no estará completa antes de fin de año, por mucha prisa que se dé el general de Rivière. Este importante trabajo tendrá las dimensiones de un volúmen de 300 páginas en 8vo.; se necesitará, por lo tanto, un día entero para leer la acta de acusacion. En cuanto á la clasificacion de los documentos, que son 2,400, está ya terminada.

Mr. Rameau, *mairé* de Versailles, sobre el cual se ha fijado la atencion de los oficiales instructores á consecuencia de la publicacion hecha por la *Union Liberal* de Seine-et-Oise, no es el único testigo retrasado; ya se han hecho activas pesquisas con el objeto de hallar algunas personas que puedan suministrar datos útiles. Por desgracia, las perturbaciones que los últimos acontecimientos produjeron en los habitantes de aquellos lugares, contribuyen no poco á aumentar esas dificultades. Algunos testigos que ya habian hecho su declaracion, han sido citados de nuevo para poner en claro ciertos puntos que estaban oscuros; con esto, han aparecido patentes ciertas particularidades mal definidas ú olvidadas, y en la instruccion parece que se da mucha importancia á ese trabajo. Así es que el general Coffrierer, que habia dado ya una larga y explicita declaracion, ha dado otra que ocupó cinco sesiones de á tres horas.

Uno de los testigos que depusieron última-

mente, fué Mr. Arnoud de Rivière, comandante de guardia móvil, y jefe de la plaza de Moulins-les-Metz, el cual recibió al parlamentario prusiano encargado de llevarle al famoso Regnier, é introdujo á la plaza al audaz negociador. Por supuesto que el honrado comandante ignoraba quién era el personaje á quien conducia.

El mariscal preso sufrió en aquel momento una serie de interrogatorios suplementarios, la mayor parte de ellos acerca de las narraciones inéditas de las peripecias del sitio de Metz, que el acusado ha producido tardiamente. Sabe vd. ya, en efecto, que el mariscal Bazaine publicó á principios de este año un libro intitulado: *El ejército del Rhin*, que viene á ser la apologia de su conducta.

La tal obra está llena de contradicciones y de aseveraciones inexactas, que ponian en apuros al acusado cuando las hacian pasar ante su vista. En consecuencia, ha creído oportuno presentar bajo otro aspecto ciertos puntos de su narracion. Una voluminosa memoria, redactada de concierto con dos oficiales amigos suyos, ha sido enviada al general instructor; y el mariscal Bazaine, que se ha quedado con una copia de dicho manuscrito, le añade cada día nuevas observaciones.

Dícese que Mr. Thiers tiene intencion de enterarse de los pormenores de la acusacion, examinando los documentos recogidos en la sumaria.

JUSTO SIERRA.

CONFESIONES DE UN PIANISTA.

(Continúa).

IV

Estaba muy débil, y al ver á aquella mujer delante de mí, me faltaron las fuerzas.

Cuando volví de mi aturdimiento y recobré la conciencia de mí mismo, estaba tirado sobre la alfombra, y mi cabeza adolorida descansaba sobre el pecho de Emilia, arrodillada á mi lado. Alcé los ojos para buscar los suyos, que habian sido la luz de mis mejores días, y los ví anegados en lágrimas.

No eran aquellas, bien lo recuerdo, las lágrimas mudas de

un sufrimiento que se retiene dentro del corazón; no, era el desbordamiento del llanto ardiente, apasionado; sollozos continuos mezclados de suspiros, agitaban su seno; en derredor de mi cuello sentía el temblor nervioso de sus brazos; corrían por sus mejillas encendidas, gruesas lágrimas, y su cabello en desorden, su frente pálida como la de un cadáver, su aliento febril que mezclado con palabras trabajosamente articuladas, se escapaba de su boca crispada y convulsa, indicaban en aquella Magdalena de veinte años, no á la aristócrata que teme descomponer el rostro; no á la orgullosa que no quiere confiar al hombre las secretas lágrimas de sus noches de insomnio; sino á una mujer que, fuera en aquel instante de las convenciones sociales, necesitaba llorar y lloraba.

A mí nunca me pareció tan bella. Cuando, por ocultar sus ojos, llevó á ellos su ajado pañuelo de batista que olía á violetas, y de su cabeza doblegada caían sobre mi cara sus largos rizos, sentía una delicia infinita en besarlos silenciosamente.

Por fin me desprendí del brazo admirable que me aprisionaba, y que cayó pesadamente, me incorporé con gran trabajo, y un relámpago de vanidad satisfecha coloreó mi frente helada aún. La tenía yo á mis pies doblegada, llorosa, sumisa, avergonzada; adivinaba en sus labios la palabra: perdon..... y yo..... iba á perdonarla.

Pocos minutos después nos mirábamos extasiados; ella casi sonreía, yo casi lloraba de felicidad. Sentía sus manecitas entre las mías; percibía el perfume de su boca; bebía la luz de sus ojos que me miraban de esa manera lenta y profunda con que ven tan solo las mujeres de corazón.

—Era preciso, me decía; Dios lo había dispuesto así. La felicidad no es felicidad, Antonio, si no hace contraste con un gran dolor; por eso las horas felices de la adolescencia están dominadas por una vaga aspiración que martiriza en silencio nuestra vida. Es una linda mañana, después de una madrugada color de rosa. Pero llegan estas horribles tempestades en que nuestro corazón se agita y se desgarrá; en que cree uno que el azul del cielo es un sueño, tan siniestramente negros son los abismos que nos rodean, y agitamos nuestros brazos en el aire, y nos falta la voz en la garganta como en una pesadilla..... y si al despertar sentimos una mano leal entre las nuestras; si se comprende que quien nos ha hecho sufrir, sufría más que nosotros; que quien nos ha inspirado amor, amaba también y amaba sin poder, sin deber decirlo..... entonces esta hora, este minuto fugaz de felicidad, robado á los ángeles, este rayo de sol después de una borrasca, nos penetra hasta lo íntimo del alma, y.....

Se detuvo un momento; había no sé qué de celestial en oír aquella palabra animada, veloz, sonora como un timbre de oro; parecía que las rosas y los claveles de mi balcón alargaban sus cálices hacia ella, como atraídos por el magnetismo de su belleza y de su pensamiento..... Emilia era toda pasión, toda artista; conocía el goce, vedado á las almas vulgares, de la adoración de lo bello y de lo bueno.

Yo la había visto estremecerse de emoción contemplando la Dolorosa de Velázquez, cuya alma se siente llorar, al través de sus ojos sin lágrimas; sabía concentrarse extasiada ante

la *Venus de Milo*, belleza incomparable que solo se revela á los elegidos; lloraba escuchando la marcha fúnebre de Chopin, y en materia de libros era rara; daba la preferencia á Santa Teresa sobre Kempis; á Goethe sobre todos los novelistas, y había tres autores que nunca podía leer; á Victor Hugo, porque le causaba dolor en el cerebro á fuerza de hacerla pensar; á Balzac, porque le causaba dolor en el corazón á fuerza de hacerla dudar, y á Perez Escrich porque le causaba dolor en el estómago á fuerza de hacerla bostezar.

Los admirables instintos artísticos de esta mujer, en quien el amor á la belleza plástica lo dominaba todo, hacían decir una ocasión á Manuel Olaguibel, que Emilia era una pagana que iba á misa.

—Perdóneme vd., Antonio, si me entrego á esta expansión de ternura; hace tanto tiempo que mi alma necesitaba hablar con otra alma, que mi dolor comprimido habría hecho estallar mi corazón, si Dios no me hubiera deparado el consuelo de tenerlo á vd., Antonio, de comprender su amor infinito en el momento más cruel de mi expiación. Egoísta de mí, yo no podía aceptar ese amor que habría sido el orgullo de mi juventud, sin hacerle á vd. una confesión dolorosa: y una resistencia tenaz dentro de mí misma me lo impedía, como la influencia satánica que impide á Margarita levantar su oración á Dios; yo misma no quería que la que vd. había creído pura...

Emilia prorumpió en sollozos; yo murmuraba á su lado palabras incoherentes, febriles, extáticas. —Ya podía morir; el presentimiento del cielo había entrado de lleno en mi corazón. —Pero no, continuaba Emilia, no vengo á decirle á vd. lo que otra mujer le diría; me basta una frase de perdon, y pasaré mi vida entera arrodillada á sus pies. No, yo no quiero perdon, Antonio, yo quiero amor, amor del bueno, del santo amor del espíritu que lo purifica todo, que todo lo engrandece. ¿Por qué no me habla vd. de tú, como en sus arrebatos apasionados?

—Emilia, si estás viendo que me vuelve loco la felicidad!

Y nuestros labios encontraron el primer beso de los esposos después de la bendición del cielo.

*

Este ideático de Félix; ¿pues no está empeñado en que hay no sé qué de diabólico en Emilia, que con solo una palabra me devuelve la vida y la dicha? Seguramente les parece mal que yo me encuentre sano como nunca en un solo día. Estos que leen mucho los libros, nunca saben leer el libro del corazón.

Ahora yo soy quien me encuentro capaz de aconsejarles. Ricardo me escribe diciendo que es infeliz, que tiene un enigma en frente, en forma de un lindo querubín de diez y ocho años. Un sueño, una quimera, me dice en su carta, que será mi último sueño y mi quimera última. ¿De qué me servirá luego una ilusión, si no tiene sus ojos luminosos y tranquilos, como debe ser el cielo de los cielos; si no tiene su charla de jilguero; si no me podrá hacer soñar con una larga velada de invierno en que pueda beber su mirada, des-

tello por destello, y adorar su sonrisa, perla por perla? ¿Qué horizonte me parecerá radiante, si no miro vagar su recuerdo en el primer celaje bordado de oro por el sol? ¿Qué flor me parecerá hermosa, si no creo que ella pueda tenerla entre sus manos de duquesa? ¿En qué mundo quieres que yo encuentre la felicidad si ella no me ama? Es la primera vez de mi vida en que desearia ser capaz de ocuparme de esa abominable estupidez del corazon que se llama *amorfos*; porque el *amor* así, loco, sin porvenir, sin esperanza como el mio, es una pantalla entre mi inteligencia y mi Dios; es una tumba que se cierra en mi corazon.»

—Segun eso, el pobre Ricardo es infeliz; entonces ya veo que es mas difícil consolarlo, de lo que yo creia, porque me está sucediendo una cosa muy rara: no comprendo la desgracia.

*

Querido Félix:—Ayer, despues de las seis de la tarde, me dirigí como de costumbre á casa de Emilia. La sala estaba sola y silenciosa; el gabinete de Emilia solo y silencioso tambien. Me senté sobre una butaca á esperarla, y mi vista se fijó maquinalmente en unas grandes tarjetas colocadas en la canastilla de cristal de una *canefora* cincelada por Froment-Meurice, y que Emilia tiene siempre á mano sobre un velador, para arrojar en ella sus guantes y sus flores. No sin gran sorpresa leí en el primer carton blanco: Carlos N. é Isabel N. han contraido enlace, y se ofrecen á las órdenes de vd. La otra era de los padres de Carlos dando parte del matrimonio, y la tercera decia: Carlos N. y esposa se despiden para los Estados-Unidos y Europa. Quedeme como abismado mirando fijamente aquellas tarjetas. Poco á poco sus caracteres se borraban; la blancura del carton desapareció á mi vista, y pasaban ante mí como arrebatadas por un torbellino, el concierto en que Carlos me habia presentado con la intencion de hacer de mí un instrumento de sus vilezas, el dia en que Emilia me habia contado la fábula de los amores de su amante con la pollita coquetuela y fea, que no era otra que la recién casada; el diálogo satánico de San Angel, nuestro diálogo celeste en mi cuarto, y toda aquella sucesion de recuerdos, pasaba ante mí como la procesion de los reyes ante los ojos espantados de Macbeth, envueltos en una atmósfera de fuego; poco á poco á aquellos círculos encendidos fueron sucediendo otros negros; creí entrever la figura de mi buena madre enferma, la de Luisa arrodillada á los piés de su lecho..... y la deliciosa fruicion que anunciaba en mi cuerpo la cercanía de Emilia, me arrancó de mi letargo.

Era tal mi preocupacion, que creí ver un tanto enrojecidos sus ojos, como si hubiera llorado; ella, al contrario, sonriendo dulcemente, se sentó á mi lado.

—Te habrás sorprendido, me dijo, de mi tardanza; pero he tenido que arreglarme un poco para recibir la visita de la esposa de Carlos, que en una esquelita me ha dicho que vendria á darme un abrazo antes de partir.—¿Te parezco bien así? agregó con la mas deliciosa coquetería que haya iluminado en las líneas de un busto femenino.

Hablamos un buen rato y nos dijimos mil locuras. A poco salimos á la sala para recibir á Isabel, la esposa de Carlos.

Venia Isabel vestida con un lujo aturrullador; toda ella era *moiré antique*, blondas de Chantilli, diamantes, y sobre todo un penetrante perfume de no sé qué flores, y del cual parecia haberse derramado encima veinte ó treinta frasquillos. Tan intenso era aquel aroma, que Emilia, al verla, se puso densamente pálida. Sin embargo, nada habia tan fuerte en aquella relamida criatura como su innagotable charla, casi tan insulsa y frívola como inagotable.

Despues de mil preguntas á las que ella misma se respondia, y de decirnos que iba á gastar cincuenta mil pesos en Europa, y que sus mejores deseos eran conocer á S. M. Napoleon III, á la Emperatriz su esposa, al príncipe su hijo, al otro príncipe su primo, á la princesa tal su prima política, y al Santo Padre, y despues de eso visitar las perfumerías de Paris, y conocer al *Gladiator*, y ver el jardin de plantas y qué sé yo cuántas otras cosas mas; encarándose á Emilia, le dijo con marcada ironía:—Allá te veré, preciosa, en cuanto te cases con el señor, porque segun veo siguen ustedes tan amartelados como nunca; oiremos tocar juntas á Listz, y á ver si Carlos, que lo conoció en Europa, consigue que nos haga oír ese famoso nocturno que nunca ha querido tocar este caballero por mas súplicas que le hacias, segun tú misma me has dicho.

—Antonio lo toca siempre que yo se lo ruego, contestó Emilia haciendo un esfuerzo como para sofocar un grito de leona herida.

—Es posible; entonces ruégaselo ahora, querida, porque tengo vehementes deseos de oírle tocar.

—Hágame vd. el favor, Antonio, murmuró Emilia con voz trémula de emocion.

Yo comprendí la situacion de aquella mujer lastimada en su amor propio, y sin embargo, no, no podia; mi promesa á mi pobre madre y á Luisa. Aquello me habria parecido un sacrilegio. Empecé á balbutir una excusa. Isabel se puso de pie y se despidió con la mas burlona sonrisa que ha podido hinchar los carrillos de una fea.

Cuando nos vimos solos, Emilia levantó la cabeza; estaba espantosa. Su boca se crispaba horriblemente; sus ojos centelleaban fuera de sus órbitas; una penumbra negra cubria, como una máscara siniestra, su rostro; se adelantó hácia la puerta como si quisiera despedir rayos por sus rígidas manos; me pareció oírle decir: Carlos, maldito..... y prorumpiendo en un grito agudo, estridente, aterrador, rodó como una masa inerte por la alfombra.

Yo no supe qué hacer mientras su madre y la servidumbre la rodeaban. Yo que creia que se habia muerto, que yo la habia matado con mi feroz negativa, corrí al piano: eran las ocho de la noche, y las teclas, dóciles como siempre, respondieron mas á mi alma que á mis dedos con el quinto nocturno de Leybach.

Aquellas melodías melancólicas y puras, fueron un bálsamo para Emilia. Calmóse rápidamente, y acercándose al piano, se puso á escuchar arrobada. Yo apenas la veia en una especie de oscuridad perdida en el fondo de mi memoria. La

sala de la casa de Eduardo, mi pobre amigo moribundo, la Céres de mármol, el sacerdote, el mar, mi tía, Luisa, todo se aglomeraba en mi fantasía con una precision que me hacia sufrir. Aquel enjambre de hadas que rodeaba mi frente, estaba allí, reflejándose en el marfil del piano, pero veladas, pero tristes..... de repente oí vibrar clara, majestuosa, tranquila, la voz del sacerdote, que decia:

Domine non sum dignus.....

Y cerca de él habia un lecho, pero casi pobre, y en la pieza habia poca luz, y quién estaba allí, quién. ¡Oh! Dios mio..... yo quise huir, pero la mano de Emilia me retenia, mis dedos seguian recorriendo el piano, y á veces me parecia que despues de cada nota habia otra fúnebre, lejana, moribunda, y mi nocturno tenia un eco en el Camposanto.

Hasta que al fin Emilia me detuvo, diciéndome: estás loco, ese piano se rie de tí; lo que acabas de tocar no tiene sentido comun.

Despidióse de mí, diciendo: ellos pueden hacer entrar en su matrimonio todo el oro del mundo; nosotros haremos entrar en el nuestro toda la felicidad del cielo.....

Corrí á mi casa. Llegó á poco un parte telegráfico. Le abrí temblando. Dice así: acaba de recibir el viático nuestra pobre madre. Dicen los médicos que no hay esperanza. Ella desea á cada instante hablar contigo. — *Luisa*.

Yo parto, Félix, suplicándote llesves á Emilia la carta que incluyo, y que me escribas. — Adios. — *Antonio*.

[Continuará.]

LA MUJER.

I

PARA escribir sobre la mujer, despues de tanto como se ha dicho sobre ella, se necesitaria hacer un poema, ó no decir nada. Prefiero lo último, porque hoy y siempre seré incapaz de lo primero: y por lo mismo, las pobres ideas que trato de trascribir al papel, deben verse tan solo como la expresion pura del sentimiento tierno y respetuoso que me inspira.

Hay algunos hombres, que olvidando su propia dignidad, cometen la cobardia de atacar á la mujer, la atacan sin justicia, sin razon, sin derecho, la atacan por costumbre, ó lo que es peor aún, por carácter; inventan fabulas para calumniarla, y le suponen defectos que no tiene, vengándose así de una manera odiosa y baja, de los justos desprecios con que los abrumen, porque

con esa perspicacia que le es familiar, con ese instinto de penetracion que ella posee, los ha conocido bastante á tiempo para pagar sus futuros insultos con el mas merecido desden.

El amor es la ley santa de la naturaleza; es la ley suprema de la Divinidad; y la depositaria de ella en la tierra, es la mujer; mas aún, porque es la encarnacion viva del sentimiento, así como tambien la página sublime de la redencion humana; sí, *ella* es la fuente de nuestro consuelo, el ángel alado con ilusiones de nuestra esperanza, la fe de nuestra vida y la estrella que nos ilumina radiante el porvenir.

¿Para qué trabajamos? ¿Para qué aspiramos? Para obtener una posicion ó un nombre, y el fruto de nuestros esfuerzos, de nuestros afanes y desvelos, ponerlo ante los piés de una mujer. Hermana ó amante, esposa ó madre, todos tenemos de ella algun recuerdo grato; todos tenemos en el fondo del alma una imágen querida que nos produce ideas tiernas ó apasionadas, dulces ó ardientes; todos tenemos un secreto intimo al cual se halla siempre mezclado el nombre de una mujer, nombre que algunas veces empapamos en llanto, que bendecimos y adoramos, que encierra toda la historia de una vida, y si somos bastante francos, debemos decir que esta pocas veces ha sido de agonía y martirio, y las mas de felicidad y amor.

Así como algunos blasonan de ateos negando á Dios, porque no lo comprenden, así tambien otros se manchan negando la virtud en la mujer: que recuerden que han tenido una madre, y si á este nombre santo, á este recuerdo bendito, no va mezclada la idea de la virtud, es porque son seres desnaturalizados é indignos de llamarse hombres. El que no ama una madre, no podrá jamas comprender ni amar una mujer.

Se quejan de sus defectos cuando ellos mismos procuran desarrollárselos; dicen, por ejemplo, que son coquetas, cuando esa coqueteria la han producido con sus elogios y bajezas que son ligeras, tontas, insustanciales; cuando las educan de modo que solo esos frutos pueden obtener, dicen que nada saben, pero no advierten que nada les enseñan.

¿Qué culpa puede tener de que el fanatismo

siasma al público, y vuelven á llover monedas. Llegan á San German la vispera de la feria, y se instalan en el hotel; el hostelero, rechoncho y colorado, se enamora de la bella Maguelonne. Pero ¡oh desgracia! roban la caja de la compañía, y el hostelero, desdeñado, no quiere fiar. Entretanto, el público se apiña á la puerta; las entradas alcanzarán para todo. Pero los males no vienen solos: el capitán de la guarnición, que es otro amante desdeñado, ve alusiones políticas en la farsa, y la prohíbe, para bien del estado por supuesto. Entonces, en medio de tantos desastres, despliega Mad. Turlupin su ingenio cómico; seduce á este, engaña á aquel, da esperanzas al otro, se burla del de mas allá, y todo con tanta gracia, que salva los intereses de la compañía sin dejar de ser mujer honrada.

Tal es la pieza; en cuanto á la música, es primorosa; y en prueba de ello, no bien cayó el telón, cuando uno de los primeros editores de París entró al foro y compró al autor su partición en seis mil francos al contado.

La ejecución fué buena, por la sencilla razón de que Mlle. Daram está siempre en escena, y ella de por sí es hechicera. Me encantó el timbre de su voz, su despejo, su travessura fina y distinguida. Tuvo éxito completo.

Le profetizo cien representaciones á la deliciosa Maguelonne, y á la farsa de Turlupin, que no se cansará el público de aplaudir.

UN ESPECTADOR.

DELIQUIO EROTICO.

There is a house at my side,
Hath pillow 'till the morning break,
A mouth which smiles on me alone,
An eye whose tears will mine are shed.

Hay en la tierra un ser á quien adoro,
Y que calma mi amante devorío;
Que derrama su llanto cuando lloro,
Y prodiga sonrisas cuando río.

Blanca paloma cuyas níveas alas
Acrician mi ardiente fantasía;
Y que alimenta con sus lindas galas
La tibia luz de la esperanza mía.

Angel de bendición y de consuelo
Que calma mi pesar y mi amargura;
Tímida virgen de mirar de cielo,
Que me brinda su amor y su ternura.

Es rubia como el sol, y mas hermosa
Que la grata ilusión del pensamiento;
Y derrama en mi pecho bondadosa
La mágica expresión del sentimiento.

Cuando á mi lado con afán la miro
A la luz del crepúsculo indecisa,
Me enajena su lánguido suspiro,
Y la gracia y candor de su sonrisa.

A veces, dando culto al sentimiento,
Nos sorprende la noche con su sombra,
Teniendo por dosel el firmamento
Y el blando manto por mollida alfombra.

Entonces en los brazos de mi amada,
Bebiendo gloria en sus azules ojos,
Me adormece la luz de su mirada
Y el dulce beso de sus labios rojos.

Formando con sus bucles mi guirnalda,
Y adornando el altar de sus hechizos,
Me reclino en el mármol de su espalda
Y me acarician sus flotantes rizos.

Luego, forma un collar para mi cuello,
Llena de amor, con su tornado brazo,
Y su aliento perfuma mi cabello,
Y me duermo tranquilo en su regazo.

José NÚÑEZ.

JUSTO SIERRA.

CONFESIONES DE UN PIANISTA.

(Continúa).

V

Sobre tu cartera, olvidada aquí, me permito intercalar, yo, Ricardo, estas mis recientes impresiones, mientras nos llega carta tuya, desde hace una semana esperada con ansiedad; me servirá eso de algún consuelo, pues Félix se ocupa de estudiar á Emilia, y no le he visto la cara en algunos días: se acicala ya como una damisela; dice, y no sin razón, que el médico debe empezar por agradar, y que él, ó cura á tu amada, ó te propondrá un veneno para curarte. Ya sabes que Félix es un romántico extraviado en un anfiteatro de diseccion, es un poeta que en busca de los mundos se encontró con los átomos, y estudia con tanto ahinco las leyes que determinan los movimientos de rotacion y de traslacion de las moléculas en la sangre, como un astrónomo el por qué giran

los satélites de Urano en sentido inverso. Ya le has oído decir que quiere ser el Copérnico de los infinitamente pequeños.

Pero en el estudio del corazón de la mujer, Félix tiene que estrellarse. Por más que se empeñe en probar cómo interesan poco los ojos azules de una hija de Eva, al que ha sorprendido en el vientre de un coleóptero ese zafiro sombrío, cual nunca lo hubo en la corona de los reyes, dice Michelet; ni el carmin de la boca de una costeña al que ha tenido bajo su lente una hoja de jacinto; ni mujer alguna sobre la tierra al que ha sabido adorar el no más allá de la forma armoniosa y pura, como un verso de Virgilio, en la Venus de Milo; bajo ese parapeto de filosofía, el corazón de Félix es virgen aún de impresiones de amor, y yo tengo miedo del desequilibrio que existe entre esa cabeza de sabio y ese corazón de niño. Esto no quiere decir que se enamore de Emilia, porque eso sería un sacrilegio para él; pero van a casa de tu novia tan lindas muchachas.....

¡Ah! estudiar a la mujer es el grande imposible en la vida; sería lo mismo que analizar el dolor ó el placer, dos sensaciones que embargan nuestra inteligencia. Es un enigma junto al cual ha pasado el género humano a oscuras, que ellas mismas no saben descifrar. Mas vale por eso amarlas, amarla a ella, con el amor sin límites con que se ama lo que no se alcanzará nunca sobre la tierra, y que tiene que ir más allá para perder su horizonte en los horizontes inconmensurables del cielo.

Yo, mi buen Antonio, casi empiezo a habituarme a ese dolor sordo que ocupa el fondo de mi vida moral. Sé bien que ella no me amará nunca..... que tal vez ama a otro..... Aquellas reflexiones de Félix sobre si porque amaba a ese otro, era ó no una mujer vulgar..... ¿qué me importan a mí.....? ¿pues qué, puede ser vulgar cuando es tan linda, cuando es tan buena? No son esas las distinciones supremas de este mundo. Y luego, eso que Félix dice, se puede aplicar a una mujer. Pero ella no es una mujer todavía; todavía su frente noble y pura no se desprende de los besos del cielo; aun no entra en ese eclipse de dolor que se llama la vida; es una estrella que viene por el rumbo del infinito, y tiene apenas su primer contacto con la penumbra.

Quieres que yo te cuente detalladamente lo que me pasa; eso, amigo mío, es sencillo y fastidioso como el relato de una pasión de colegial. Casi no me pasa nada. La veo una que otra vez, porque me lastima mirar sus preferencias a otras personas; pienso en ella constantemente, y le hago sin cesar versos, que sin cesar consume el fuego. Me da miedo que ella los vea; hemos cantado muchas miserias y muchas vanidades los hijos de esta generación de lucha y de odio, para que hayan perdido nuestras trovas el perfume mundano; las cuerdas de nuestra arpa han prestado su música sombría al *de profundis* de muchas ilusiones muertas, de muchas creencias perdidas, para acariciar el alma en botón de ese ensueño immaculado de mi existencia; no, yo no la cantaré mientras no queden mis labios purificados como los del profeta, mientras de mi corazón redimido no pueda brotar el himno sublime de la esperanza y de la fé..... Y, sin embargo, alguna vez soy

casi feliz, aunque quizá hay mucho de ficticio en mi ventura. Me basta para ello un incidente cualquiera, una sombra esfuminada en el crepúsculo; la estrella vespertina y debajo un segmento de la luna, semejantes a una hostia de fuego sobre un cáliz de oro; la inmensidad de un ensueño en mi alma, y el ensueño de la inmensidad delante de mis ojos.

La noche del último miércoles pude contemplarla algún tiempo. La tierra estaba llena de alegres rumores; chispeaban en el cielo las grandes constelaciones, anegadas en un océano de plata por la luna; debajo del divino Orion, Sirio, Júpiter y Canopus, parecían bosquejar una inmensa triangulación en el espacio. Iluminada por aquella luz blanca y pura, envuelta en una chalina roja, irguiendo algunas veces su frente de reina, sobre la cual los rayos de la luna se convertían en besos, ó apoyando melancólicamente la barba en sus manecitas de ángel, parecíame dibujada con esos perfiles que surgen del infinito en nuestras horas de éxtasis; así son las mujeres con que soñamos; así cruzan por el horizonte de nuestra vida los seres que nos hacen amar y creer. ¡Ay! como si toda luz hubiera de producir una sombra, a su lado se apoyaba con íntima familiaridad el señor del cerebro negativo..... ¿Qué debo pensar de esto? Y bien, la amo y la amaré a pesar del mundo, a pesar de ella misma..... algún día..... ella me perdonará. La noche la envolvió luego en sus velos negros. Hubiera dado mi vida por un solo rayo de sol; creía que aquello era una agonía; era una fuga de mi alma en plena vida; yo la quería detener, la quería pedir una mirada, una sola..... pero es cruel como un niño.

Félix llega con tus cartas.....

*

Hermanos míos: mas tranquilo ya, aunque mas triste, mi primera carta es para ustedes; vuestras manos siempre han estado al alcance de las mías, y nunca puede ser mas dulce esta verdad que en la hora siniestra del naufragio en el mar de los grandes dolores.

Llegué a mi casa, estaba sola, atravesé el patio, subí nadie. Quise llamar a Luisa, pero mi voz fué rebelde. Veía yo con no sé qué infinita amargura aquellos muebles ya envejecidos, pero cada uno de los cuales estaba ligado con un recuerdo de mi infancia; en el fondo del comedor, una puerta entornada por donde se escapaba cierto olor de cera encendida; creía percibir muy apagados, muy silenciosos, unos gemidos. Un desamparo frío y mudo reinaba en todas partes; los antiguos naranjos sacudían de vez en cuando su cabeza amarillenta, como si pensaran cosas tristes, y los jarros de barro colocados en la baranda del corredor estaban secos; parecía que en largo tiempo no se les había puesto agua.....

Busqué dentro de mí mismo un resto de valor, y marché de puntillas, teniendo miedo de turbar aquella calma lúgubre; empujé la puerta y entré. Una vela amarilla cuya gran llama pálida rayada de negro por el pábilo carbonizado, estaba próxima a huir, ardía en aquella estancia sin alumbrarla. En el rincón opuesto, un lecho, bajo cuyas ropas se di-

bujaba débilmente un cuerpo humano. Luisa, de rodillas, escondiendo entre sus cabellos descompuestos que le caían sobre el rostro, las manos de la enferma, de nuestra madre; la pobre niña quería calentar aquellas manos con sus lágrimas y con sus besos.

Estaban ¡ay! heladas para siempre. Me arrodillé en silencio junto de Luisa, y lloré también. Al oír aquel eco de sus sollozos, levantó la cabeza, y sin sorpresa, sin emoción, como si el dolor la hubiera hecho insensible á toda nueva impresión, me dijo en voz baja: Hace una hora..... No pude más. Entró en mis entrañas la gran tristeza de que habla San Agustín, y me arrojé sobre aquel cadáver..... lo levanté en mis brazos, puse su cabeza sobre mi corazón, le besé en la boca, como si así pudiera infundirle aliento..... y luego pegué mi frente contra la pared, llorando como un loco..... No la había visto morir, no la había cuidado en sus últimos días, apenas le había escrito..... era mi madre y había velado como un ángel sobre mi cuna; me había dado aquello de que tenía que privar á su hija..... y la primera ganancia de mi trabajo había sido para el sepulcro de mis padres. La pobrecita me llamaría, llamaría al pobre huérfano que había recogido entre dos ataúdes al adolescente que había sabido convertir en un hombre, y..... lo único que me había pedido en su vida de adoración por mí, era una pieza de música para cuando se acercara la muerte..... y yo..... yo estaba de rodillas ante una mujer que no me amaba.....

Porque Emilia no me ama, ¿es verdad, hermanos míos? algo me lo dice en mi corazón, ¿será la voz de la muerte?..... ¿Si Emilia me amará? ¡oh! díganme ustedes si me ama; dímelos, Félix, tú que lo sabes todo, ¿se olvida de mí, llorará por mi pobre madre?.....

Luisa seguía llorando muy bajito..... muy en silencio, como si temiese despertar á su madre.....

Al cabo de cierto tiempo entraron algunas otras personas; eran el padre de Eduardo y dos ó tres de sus hijas que venían á acompañar á Luisa.

El buen señor me saludó afectuosamente, se arrodilló un momento, y oró. Luego dirigió á la huérfana algunas palabras trémulas de compasión y de ternura; y limpiando una lágrima que corría por entre su barba cana, se retiró silenciosamente para que vistieran el cadáver; yo le acompañé.

*

Luisa, el padre de Eduardo y yo, compusimos todo el séquito de mi madre en su marcha para el Camposanto. El mar, un poco picado, lamía la playa con plañideros rumores; los rayos del sol, suspendido apenas sobre el horizonte, herían oblicuamente las olas, descomponiéndose en chispeantes cascadas de fuego, franjadas de blanquísima espuma. Las sombras de los conductores del ataúd y de nuestra carretela, se prolongaban sobre la arena barrida á intervalos por los primeros soplos del Norte. Los penachos de las palmeras se agitaban por momentos, y luego entraban en reposo exhalando ténues suspiros de dolor. Nos internamos un poco

y llegamos al cementerio, en cuya puerta, un poeta de ardiente inspiración ha escrito:

Postráos, aquí la eternidad empieza;
Es polvo aquí la mundanal grandeza.

Después de colocado el ataúd en su fosa, un sacerdote levantó al cielo sus plegarias por aquella santa que nos abandonaba para siempre. Algunas hojas secas de las que tapizaban el suelo, cayeron dentro del sepulcro antes del primer puñado de tierra. Después, todo desapareció. Luisa y yo permanecimos de rodillas hasta el postrer instante; yo no podía contener mis lágrimas; ella no lloraba, sus ojos se fijaban obstinadamente en el suelo, como queriendo arrancar del seno de la tumba una última mirada de la que la dejaba sola y desamparada sobre el mundo. Comprendimos que quería desahogar aquel supremo dolor, hablando con la que había partido; era ese el instante de las promesas, el instante del diálogo entre los que han partido y los que quedan. Cuando se tiene el alma pura, Dios nos deja oír las respuestas de los muertos.

El padre de Eduardo y yo nos retiramos á la sombra de la capilla que ocupa el centro del cementerio.

— Antonio, me dijo el anciano, dos ó tres días antes de morir la madre de usted, previendo el caso de que no viera á su hijo predilecto, quise saber su última voluntad, el postrer encargo para quien le debía la vida y la educación, para quien le debía, sobre todo, muchos años de trabajo y de vigilia, una existencia entera de cuidados maternos.....

La pobre anciana no pudo contestarme una sola palabra..... Lloró en silencio algun tiempo, y luego, con la más conmovedora expresión de angustia que podía caber en ojos humanos, me señaló á Luisa, que arrodillada ante una imagen de la Virgen, rezaba en un rincón del cuarto..... lo comprendí todo. Yo le traigo á usted, Antonio, esa última súplica de su madre moribunda; allí está á pocos pasos la tumba de los padres de usted; ellos se unirán á mí si pudieran levantarse del sepulcro, para recordarle este encargo sagrado de la que acaba de morir..... Allí está la pobre huérfana á quien usted prometió llamar esposa..... vivir con usted, como su hermana, no podría, Antonio. Dios bendecirá esta unión hecha en medio de la desgracia; Dios y la mujer á quien después de él, debe usted más sobre la tierra.

Yo no sabía qué responder; me figuraba ver las miradas de mi santa madre clavadas en mí..... sabía que mis palabras iban á ser pesadas por el Dios de los buenos; me parecía que el viento se callaba; me parecía que se movían las tumbas; la esquila del campanario, mecida por el viento, gemía sordamente..... ¿Qué hacer? Recordé á Emilia, recordé á aquel ángel caído, para quien mi amor era una redención; comprendí que ese amor era de los que viven eternamente, de los que ya nunca se borran del corazón..... y habría querido morir.....

Después de un rato de silencio doloroso, respondí:—Me es imposible, señor; juzgue usted de la pasión que me tortura el alma, por este sacrilegio de rechazar los ruegos de mi madre muerta. Luisa y yo seríamos muy infelices.

Sin variar su afectuoso tono, el padre de Eduardo repuso: —Pertenece usted, hijo mío, á una generacion que proclama en todos los idiomas y en todos los templos el culto del amor..... y la primera pasion sensual de esas que secan lentamente el corazon, de esas que queman uno á uno todos los perfumes sagrados de la juventud y de la inteligencia, esa se llama amor; en ella se concentra la gran mision del hombre sobre la tierra, y por ella el jóven se cree un sacerdote. No me interrumpa usted, Antonio, lo sé todo; sé quién es ella, y queria saber quién era usted. No me hable usted del espíritu, porque quien puede concebir un grande amor espiritual y santo, ese puede concebir que sobre todas esas pasiones que convierten en lava nuestra sangre, hay algo mucho mas grande, mucho mas augusto: el deber.

Yo estaba anonadado; aquel anciano se convertia en mi juez, en mi acusador; su voz sonora y poderosa tenia una vibracion particular en medio del camposanto, su espaciosa frente sobre la cual se arremolinaban largos rizos plateados, se erguia ante mi cobarde corazon, como si fuera la de un enviado de Dios..... Y sin embargo no tenia razon; mi amor por Emilia, era la comunión de dos almas..... Como si respondiera á mi pensamiento, el padre de Eduardo prosiguió:—El cumplimiento del deber, ese es el verdadero culto de Dios; esa es nuestra verdadera mision; así, tal vez la union del alma de usted con la de una linda persona no se realizará, pero se realizará la union del alma con el Creador, en el sagrado de la conciencia. Cómo, ¿el amor del espíritu es el que le vuelve á usted un mal hijo? ese amor que levanta el alma hasta el cielo, no le deja ver lo que tiene de goce profundo y puro, un sacrificio hecho en aras del recuerdo mas santo de la vida, del recuerdo de una madre que habia usted olvidado, y que ha muerto bendiciéndole?.....

Está bien, Antonio; Dios quiere tal vez vedarle á vd. un placer inefable, ignorado casi entre los que proclaman en verso y en prosa la religion del amor, el de la tranquilidad de la conciencia..... Está bien, no insisto. Francamente, el martirio de una huérfana loca de amor por usted, me ha hecho acaso traspasar los límites de mi encargo. Perdóneme, Antonio; es así mi temperamento, y sufro como una mujer ante un dolor ajeno; adios, yo cuidaré de Luisa; y que el cielo nos proteja á todos.

—Tenga usted, señor, la bondad de hacer todos los preparativos para mi matrimonio con Luisa..... le dije maquinalmente.

Iba á responder, cuando vimos venir á la huérfana hácia nosotros: no sé si habia oido, ó si habia adivinado.

Nos estrechó con un ademán de reconocimiento inmenso las manos á mi protector y á mí: despues de una pausa forzada, porque apenas podia hablar, nos dijo: Acabo de hacer á mi madre una promesa, y un juramento á Dios; quiero noticiárselos, á tí que eres mi hermano, y á vd., señor, que ha sido mi padre; mañana mismo empezaré mi noviciado en las Hermanas de la Caridad.

Guardamos profundo silencio los tres. Entré á la capilla como un demente, sin saber ni qué sentia yo, ni qué hacia.

Cuando salí, el anciano me dijo: vámonos, su resolucion es irrevocable.

Un relámpago de alegría involuntaria cruzó por mis ojos. ¿Luisa lo vió? quién sabe; pero el llanto comprimido en su corazon corrió á mares por sus mejillas pálidas y fatigadas. Adios.—Antonio.

[Continuará.]

¿SI YO FUERA PINTOR!



MUCHAS veces al subir á la mesa central, despues de haber abandonado las salvajes praderas de la costa i las selvas virgenes de las regiones tropicales, no he podido sofocar un deseo insensato de poseer una paleta, i trasladar al lienzo aquellos horizontes magníficos, aquel cielo tan diáfano, tan puro, i aquellas llanuras limitadas por serranias, teñidas de un leve i brillante azul.

En los valles y cañadas de Orizaba, Huatusco i Córdoba, la profusion de detalles, la exuberancia de la vegetacion, los argentinos vapores que cubren el cielo i las cimas de las montañas, todo contribuye á distraer al espíritu i encerrarle en un circulo limitado de goces inexplicables; pero al ir perdiendo las plantas de los trópicos poco á poco; al ir escalando las enormes cumbres que separan aquellas regiones de la mesa central, el alma se va ensanchando, va recobrando su serenidad, como el que vuelve de una embriaguez, i al dejar tras de si los primeros árboles del Perú, i al descubrir los inmensos i vastos horizontes en cuyos confines se dibujan las elevadas i nivosas cimas del Popocatepetl, el Ixtaccihualt i el Orizaba, ya no es semejante á la paloma que canta sus amores escondida en un breñal, sino á la águila audaz que desea cruzar aquella vasta extension, apenas interrumpida por uno que otro cirrus.

Pero donde se goza mejor de este espectáculo, es sin duda alguna, en el Valle de México. En las últimas horas de la tarde, cuando el sol va descendiendo majestuoso i brillante hácia la cordillera occidental, cuyas crestas se pierden

JUSTO SIERRA.

CONFESIONES DE UN PIANISTA.

(Continúa).

VI

Una larga y dolorosa calma, es el fondo de mi vida presente. No sé por qué, sintiendo que cada día amo más á Emilia, ya no me siento como en otro tiempo feliz; ya no tengo conciencia de mi ventura, ya no tengo fé en mi amor. A fuerza de quererla con una pasión que crece por minutos como una corriente volcánica, me siento alejado de los demás; me siento capaz de odiar á los otros.

¡Ay! qué cierto es que en la copa de la vida solo nos son dulces los bordes! ¿Será porque mientras mi amor tomaba las proporciones de una obra de redención, arrastraba yo al sacrificio que solo debió ser mío, á los seres que mas sinceramente me amaban en esta vida? No sé, pero la expresión dolorosa del rostro de mi madre muerta, se ha petrificado, por decirlo así, en mi memoria, y la sonrisa sublime de resignación y de tristeza de Luisa, cuando por primera vez la ví vestida con el hábito humilde de las hijas de San Vicente; sus poéticos ojos velados por la sombra de su tocado blanco; su figura angelical en medio del oratorio, rodeada de una multitud de niños arrodillados que tal vez no comprendían su oración, pero que sí se conmovían con sus lágrimas, se interponen á veces entre Emilia y yo, como una nube entre el hombre y el sol.

Algunas veces vagos temores que no me explico, restos quizá de mis horas de agonía cuando supe los amores de Carlos, se agitan y hierven en mi corazón. Pero soy injusto.—De este triste estado en que me encuentro tiene la culpa Félix; él me ha dicho que Emilia es una coqueta de la peor especie, porque no lo es por cálculo ni por vanidad, sino por temperamento. Bien me había dicho Ricardo, que Félix nunca conocerá el corazón de una mujer. No está hecho para el amor; es demasiado sabio para eso.—Emilia se ha puesto furiosa contra él al saber su opinión; me dijo que quizá tenía razón; pero que se olvidó de averiguar si en una mujer como ella quería decir algo el temperamento, cuando hablaba el corazón.

Ese Félix es brutal; si lo que me dijo era cierto, si lo creía así, ¿por qué esa impiedad de desvanecer mis ilusiones, de manchar mis sueños?..... Confieso que sentí cierto placer cuando supe que iba á marchar á la campaña con el cuerpo médico.—El único que podía venir á soñar conmigo, sería Ricardo; pero nada sé de él. Solo por una carta de Félix, fechada en Zacatecas, supe de unos versos suyos que han llenado de indignación al sabio. Pobre Ricardo! debe sufrir mucho para escribir así. Hé aquí algunas de esas cuartetas dolorosas.

Desdéname, yo te amo, mi orgullo está vencido;
Oye mi última súplica, y callaré despues.
No pido que me ames—¡ay! no—yo solo quiero
Besar arrodillado la huella de tus piés.

Es cierto que es horrible sentir que se nos muere.
El corazón, soñando con su imposible amor,
Pensar que serán de otro tus besos virginales,
Que partirás con otro tus horas de dolor.....

Pero no importa, deja que yo contemple, niña,
Dormir sobre tu frente la luz crepuscular;
Y tu mirada única recordaré en la tumba
Para alumbrar con ella mi triste eternidad.

Dí á Ricardo, me escribe Félix, que cuando se hacen versos semejantes no se inspira compasión, sino desprecio; que está bueno que amen de ese modo las mujeres ó los menguados; pero un hombre, jamás.—El orgullo en los tontos se llama vanidad; pero en las personas de talento se llama dignidad.—Yo comprendo, añade, que se doble la frente, nunca la rodilla, ante una gran idea ó un gran sentimiento; pero ante una chiclea mas ó menos casquivana, solo porque tiene los ojos lindos y la boca risueña, eso se llama prostituir la poesía, que es un don admirable del cielo, y bajar al cieno nuestro espíritu que es la misteriosa predisposición del cerebro para reflejar á Dios.—Cuando un poeta no pueda cantar sino endechas cobardes, que cuelgue su lira hasta que haya aprendido en el trabajo y la desgracia, á mirar al sol de frente, como las águilas; así habrá menos elegías, pero mas inspiración. El único poeta cuya tristeza es superior á la alegría de los otros, es Jeremías, que concentró en sus entrañas los lamentos de un pueblo entero, y que de dolor en dolor ascendió sobre las multitudes humilladas, para percibir como un eco de sus gemidos, la voz del porvenir.

A Félix se le figura que los poetas dejan de ser hombres, y no ha visto en la fuente de todas las grandes revelaciones de la poesía, un dolor íntimo y desgarrador. Me sorprende sin embargo que hable del espíritu y de Dios.

*

Estoy trabajando mucho. Qué dulce es la palabra *gloria*, en la boca de Emilia. Sí, la tendrá, y á mi primer corona de laurel, quedarán enlazados los azahares nupciales. Hacer una ópera ha sido el ensueño de toda mi vida; dar forma á mis suspiros y á mis ideas, á mis sueños inquietos, á mis aspiraciones, á mis tristezas; anotar como un débil eco la voz de la naturaleza que se queja en los bosques y ríe en las fuentes; que ruge en los mares y besa en las brisas; sorprender algunos acordes modulados en el arpa misteriosa de la noche; articular alguna de esas palabras que vienen á veces de no sé qué horizontes perdidos, como si los ángeles al pasar por nuestra atmósfera impura dejaran caer sus ayes como notas en las almas, y sus lágrimas como perlas en las flores.—Y encerrarlo todo en los ritmos sublimes cantados por el amor en mi corazón; en mi corazón que se exhala en una plegaria cuando estoy lejos de ella, ó se desborda en un aleluya gigante de pasión y de vida, cuando me da todos sus besos en una mirada, y toda su alma en un beso.

Emilia y yo tuvimos al mismo tiempo la idea de que mi nueva ópera fuese la traducción musical de la tragedia divina de Shakespeare, Romeo y Julieta. Otros lo han intentado ya; Bellini ha derramado en esa copa de oro algunas de sus lágrimas melódicas y puras; pero la musa femenil del cantor de *Sonnámbula*, no pudo nunca asimilar la energía suprema de aquella pasión poética, ardiente, inquieta y loca como los quince años; sensual á un tiempo y dolorosa; perfumada con todos los perfumes de la vida y de la muerte, mezclando el olor de los blandones con el aroma de los limoneros en el retrete nupcial de Julieta, y embalsamando las brisas del cementerio con el aliento voluptuoso de la desposada, que busca sobre los labios de su amante el último soplo del amor.

JULIETA.—(*Queriendo beber en la copa del tósigo.*)! Avaro! lo apuré todo.... ¡nada me ha dejado! ni una gota siquiera de este licor amargo que debía ayudarme á salir de este mundo. (*arrojándose sobre el cadáver de Romeo.*) Besaré esta boca; quizá quede en ella un poco de veneno; lo recogeré y moriré feliz. ¡Qué calientes están tus labios!

*

Bello lugar de trabajo es este pueblecillo delicioso. Me encuentro rodeado de todo el boato de la primavera. Mi ventana, con su marco de enredaderas salpicadas de campanillas azules y rojas, se abre sobre un panorama adorable. La luz se derrama por los bordes de la copa azul de las montañas, en cuyas cimas se cruzan las mas caprichosas ondulaciones, y por cuya falda tiende su manto de colores la vegetación. Los trigales sacuden su rubia cabellera en la llanura. Hacia el Oriente, por entre grandes sábanas de bruma, alza su pirámide de cristal el Popocatepetl, y en el profundo azul del cielo se bosquejan las rayas negras y fugaces que trazan en su vuelo las golondrinas.

A Emilia le encanta la música inspirada por su recuerdo en medio de esta magnífica naturaleza, que se siente vivir en todas sus moléculas con la vida febril del amor y de la juventud.

Por la noche, á veces, acaricia mi frente un soplo tibio que viene de lo infinito y que me recuerda las caricias de mi pobre madre. Dejo entonces á mi piano exhalar de sus cuerdas una oración por la ausente, que poco á poco y sin quererlo yo, se transforma en el quinto nocturno.

*

Obstáculos imprevistos, afanes que es necesario sentir para conocer, luchas con todos los que debían cantar, tocar, dirigir, arreglar la representación de mi ópera; de todo he salido triunfante. Emilia quería gloria mía, y la tendrá. Me siento un gigante. Nunca olvidaré que el padre de Eduardo puso á mi disposición todo el dinero que para llevar á cabo mi empresa he necesitado. ¡Dios lo bendiga!

Han causado gran sensación los anuncios. Los periódicos me profetizan la victoria. Emilia está radiante de alegría. Los cantantes han ensayado bastante bien. Veremos. Llevaré en mi cartera nota de mis impresiones.

Hoy es el gran día. Emilia ha estado arrebatadora conmigo. Ha llorado en mis brazos de pasión y de orgullo. Soy feliz. La noche se presenta muy bella. Habrá teatro lleno. Tendré que ponerme el frac por si me llaman á la escena; pero dirán que iba yo prevenido.... No le hace.—Siento que la sangre me salta en el corazón por momentos, y otros parece que se paraliza la vida en mis venas.—Tengo vértigos; estoy asustado, inquieto.—Este es un suplicio en el umbral del paraíso.

Se llenan los palcos. Hay mucha gente en el patio.—Emilia está vestida de blanco con flores y adornos rojos: Una *toilette* rica y sencilla.—Está divina. ¡Qué seno! ¡qué cuello! ¡qué boca de aurora y qué ojos de ángel! Todo el mundo se fija en ella.—Estoy celoso, estoy contento.

La obertura ha pasado entre el bullicio de los que toman asiento, de los que saludan, de los que se colocan cómodamente, de los que ven á los palcos. Me llega hasta los bastidores en que estoy oculto, un zumbido inmenso. Me tengo que apretar las sienes porque me parece que mi cráneo va á estallar.—Tiemblo como un niño.—El telón.

Nadie ha oído sin duda el primer acto. Tengo rabia. La soprano está ronca. El barítono no sabe mover un dedo. El segundo acto levantará el ánimo de ese monstruo que se llama el público.

En mi casa, solo, sin poder llorar.—Un pequeño aplauso á las bufonadas de Mercurio. ¡Y eso fué todo! ¡Y la romanza de Julieta, y el dúo divino del balcón, y el aria final! El aria final no se oyó porque estaba el teatro vacío. Algunos fueron á consolarme al foro. Y yo casi sonreí. Agonizaba. Un maestro afamado me dijo que yo había hecho una enorme paráfrasis del quinto nocturno de Leybach. ¿Será cierto? Es extraño.

Tuve valor para ofrecer mi brazo á Emilia. Se apoyó en él convulsamente. Sus palabras iban á ser un bálsamo para mi incurable herida.

—Me ha puesto vd. en ridículo, me dijo.

[Continuará.]

HEMEROTECA NACIONAL
MEXICO

Descuidado i contento
Felix erraba por el ancho mundo,
Como el ave que deja el dulce nido
Ansiosa de cruzar el firmamento;
Mi corazon en su primer latido
Rebosaba de amor i de ternura,
I se forjaba audaz en su alegria
Un cielo de ilusiones que debia
Ennegrecer en breve la amargura;
Mas vino á despertarle de su ensueño
Una loca pasion, i en su camino
Por su desgracia colocó el destino,
Una mujer en cuya faz tranquila
Todo un cielo de amor se adivinaba,
I la luz de los astros recordaba
Al tenue cintilar de su pupila;
Mujer á cuyos pies rindió su orgullo
El alma misma, que Dios dudando,
Perdida ya la fé de su creencia,
No tuvo mas altar que su conciencia.

¡Amor! ¡amor! Incomprensible fuego
Que el alma enciende i la razon ofusca;
Es tu ilusion como la nube hermosa
Que de la luz refleja los colores,
I se convierte luego
En mole amenazante que revienta
De horrible tempestad á los ardores;
Bajo tu influjo el mundo se presenta
Ancho vergel de aromas y de flores.....
Mas si desciende la mujer que amamos
Del pedestal de la virtud hermosa
Al cieno inmundo que al pisar hollamos,
Si torpe realidad descubre un día
De tu ilusion los esplendentes velos,
¿Qué resta que esperar de la existencia,
Qué resta á demandar de la esperanza?
¡Entonces queda el corazon vacío
Cual seca rambla de lúciente río,
Cuando vibra en los cielos
Sus ardorosos dardos el estío!

Pasaron para mí las alegrías
Que inspira amor con fútiles promesas;
Pasaron, ah! las noches deliciosas
De caricias i pláticas sabrosas,
I he aprendido entre lágrimas y dardos
Que la mujer con que soñé no existe:
Ni siquiera el consuelo me ha quedado
De ir á llorarla bajo álceve triste,
I murmurar mi tímida plegaria
De hinojos en su lona funeraria;
Con vil injuria i con sarcasmo alevé,
Con torpe engaño i con traición impia,
La mujer que mas quise
Hasta mi hogar llevó la desventura,

Rompiendo en solo un día,
Aquellos que creia
Lazos de eterno amor i de ternura.

Cual tropicales palmas
Que se alzan frente á frente
En los bordes opuestos de un terreno,
Separadas están nuestras dos almas
Por un abismo de profundos odios;
Como á las palmas la ceudal corriente,
Marchitándose van con furia eterna,
La venenosa hiel de amargo llanto,
La cólera, el desprecio, el desencanto.

GUSTAVO BAE.

JUSTO SIERRA.

CONFESIONES DE UN PIANISTA.

(Continúa).

VII

Tengo horas alegres en medio de mi existencia de desencanto y de tedio.—Esas horas que llamo alegres, porque no encuentro otra palabra con que calificarlas, son aquellas en que siento elevarse en toda su majestad la conciencia de mi dignidad de hombre, por sobre mi corazon, como una de esas augustas estatuas antiguas que se levantan sobre un sepulcro.—En esos instantes siento la fuerza de analizarme, de discarme, y encuentro que mi amor, fé y religion de mi juventud, ha muerto, pero con el noble continente de los gladiadores en el coliseo.—De todos mis pensamientos saco esta consecuencia: hice bien.

Ahora que todo ha pasado para siempre, recuerdo con cierta especie de complacencia dolorosa cada uno de los incidentes de este largo sueño de mi entendimiento ahogado por el torrente de pasion que pugnaba por desbordarse en lo íntimo de mi naturaleza.—Decia bien Félix.

Si yo pudiera dormir, seria dichoso. El opio hizo al principio algun efecto sobre mí, pero hoy necesito enormes cantidades para dormitar algunos minutos. Antes, cuando soñaba con ella todas las noches, no dormia tampoco. La actividad de mi amor tomaba proporciones inmensas durante mi sueño; pero era feliz.—Vivia toda mi vida en algunos meses de fiebre.—Sabia que estaba mortalmente herido en las arterias de mi corazon; y la aneurisma á quien llamaba en mi delirio nuestra hija primogénita, me sonreia como una virgen pálida herida en el seno por uno de los punzones de oro, de Emilia.—Siento como van gradualmente hinchándose las membranas parietales de la aorta; siento el golpe de la ola de sangre; cuando me agito un poco me viene una poca á los labios, tengo ganas de gritar para respirar, y me parece que Dios hace en mi derredor el vacío material como hizo ya el

vacío moral: pero pasa la sofocación, y me encuentro casi bien, á fuerza de serme todo indiferente.

No me gusta esta vegetación de la tierra caliente tan exuberante, tan enmarañada, tan llena de perfumes que enervan y de emanaciones que matan.—Prefiero las montañas azules del Valle de México con sus aristas armoniosas destacándose en el cielo envueltas en un ambiente purísimo y mostrando su musculatura robusta y graciosa apenas vestida con una túnica abigarrada como la saya de una india.

El padre de Eduardo, que se pasea por Europa, me ha noticiado la llegada de Emilia á París, en compañía de una hermana suya y de su cuñado; Carlos ha puesto á disposición de los viajeros un lindo departamento de la elegante casa que ocupa en la *Rue Chabrol* (Passy). Proyectan permanecer muy poco tiempo en la capital de Francia; «nos hemos dado cita, dice en su carta mi protector, para Octubre, en Nápoles, desde donde nuestro itinerario será el mismo, pues iremos á Liorna á tomar la línea de paquetes para Ismailia, admiraremos á Lesseps y su canal, al Nilo y á las Pirámides, y volveremos por Alejandría á Trieste y Venecia desde donde emprenderemos una escursión por la Lombardía, la Suiza y la Alemania. Ellos se irán á esperar el próximo invierno á París y nos separaremos en Bélgica, pues sabe usted que quiero conocer á esa prodigiosa Holanda.—No me disgusta viajar mucho tiempo en compañía de esta singular criatura tan perversa como bella.—La estudiaré y contaré á usted mis observaciones.»

En fin, vivamos lo mas que se pueda. Vivamos solos, abandonados y tristes; Félix ha prometido trasmitirme sus impresiones de la campaña, Ricardo sus impresiones poéticas. Pobres amigos míos, en un momento ha cambiado para mí la faz del prisma. Ayer era yo mas poeta que Ricardo y hoy soy mas excéptico que Félix. Este estudia para encontrar la verdad, el otro siente la verdad de lo bello; yo no creo ya ni en la verdad ni en la belleza, mejor dicho, no me importa que todo eso exista: á mí de que me sirve. Mi única diversion es componer danzas habaneras. ¡Y yo me sabia apasionar oyendo una *fuga* de Sebastian Bach!

Arte, talento, gloria; grandes dias de trabajo en el pasado, algunos dias de dolor en el porvenir, afortunadamente no me quejo á nadie.—Si en esos dias se preparaba mi martirio, tambien germinaba mi recompensa.—La víspera de mi decepción era el dia siguiente de la formación de esta mi querida aneurisma. ¡Oh! admirable, tres veces admirable Providencia!

*

Yo nací irónico, desgraciadamente tambien nací poeta. Por eso mientras estuve enamorado de Emilia, temblaba ante la sociedad que desfilaba á mi vista, como un niño frente á una procesión de santos; algunas veces mis ojos se levantaron y vieron, y en nada estuvo que estallara yo en una carcajada homérica; pero me contenía y me reprochaba mi crimen.—El *medio* en que vivía Emilia, estaba bañado en el oro inmaculado de su irradiación; mas el dia que toda aquella auréola se redujo hasta no tener otros destellos que los

estambres dorados de las flores de trapo del peinado de mi amada, el dia en que comprendí, como el Wallenstein de Schiller, que lo bello habia desaparecido de mi existencia para nunca volver á ella, siento venir al primer término de mi imaginación todos aquellos personajes que en México se apellidan aristócratas ó demócratas, y que no son sino los far-santes de una comedia en la que cada uno hace de *caricato* y todos espectadores.

Del último baile á que concurrí en México, pude sacar una buena cantidad de datos que de buena gana comunicaria á Félix para sus cartones. En esa ciudad, por regla general, cuando no es una persona hipócrita, es desvergonzada. Es una sociedad que en sus horas de fastidio piensa en el modo de prostituirse, y en sus horas de placer pone en práctica sus reflexiones, lo que es muy divertido.

Algunos se llaman aristocracia, y cuidado si tienen ínfulas. Lavater habria encontrado para sus fisonomías un campo admirable entre ellos. Por supuesto que los antepasados del señor, fueron usureros, abarroteros, pulqueros, y otras terminaciones de ese jaez. Y, cosa rara, algunos de esos encofetados que tienen de veras sus pergaminos y blasones, son gente campechana é ilustrada, mientras que los de anteayer y los de ayer, señores adjudicatarios y otros, son mas pomposos y soberbios que el Czar de todas las Rusias.—En cuanto á costumbres en esa gente, solo me basta recordar que una vez, alentando á un muchacho amigo mio á que atacara en el teatro esa lepra del adulterio que ya nadie podrá contener en mucho tiempo y que mina la raíz de la sociedad con una rapidez que solo los ciegos no ven; me contestó: «No puede abordarse esa cuestion por una sola faz sin que no vea todo el mundo en ello veinte alusiones personales.»

En la clase média, no hay la cantidad fabulosa de tontos que entre los señorones, y hay mas instrucción y mas virtud, de pura necesidad; pero que caiga en manos de uno de ellos una casa, ó dos ó diez, porque son muy hábiles, y ya entonces son aristócratas.—La clase baja, como llama en México la gente decente á los pobres, lo cual es graciosísimo, esta dispuesta á subir toda la escala.—Y ve usted unas niñas que parecen ángeles bañados de polvo de arroz, seguidas de las otras que se blanquean con albayalde, las cuales preceden á la costurera que se amuralla con una costra de caliza, lo cual es muy divertido tambien.—Solamente no es lícito desesperar recordando que entre ese barro se levantan las flores mas puras de la tierra.

*

Me han enseñado un retrato de Luisa con su vestido de Hermana de la Caridad. ¡Ah! por qué no te amé á tí, que eras la felicidad..... Todavía..... ¡quién sabe!

*

Antonio querido: Fiel á mi promesa, te escribo esta desde Guadalajara, cuando apenas me dan un poco de descanso las tristes ocupaciones que nos ha legado la última sangrienta campaña. Quizá ahora, más que nunca, podrás decir que he

cambiado. ¿Soy mejor, ó peor? Lo ignoro; pero siento un trastorno interior, del que quiero darte cuenta, porque, si no me equivoco, proviene de una causa cuyo conocimiento te ocasionará honda sorpresa.

El 18 del pasado mes, las ambulancias, tres ó cuatro hermanas de la caridad, y la seccion del cuerpo—médico, que sigue á esta division de operaciones, cubiertos por una fuerte escolta, nos adelantamos hasta el pueblecillo del Rosario, en que debíamos establecernos durante el combate, que de seguro tendria lugar el dia siguiente, y que en realidad habia empezado ya. Desde el principio de la noche, un medio batallon conducido en la grupa de un escuadron de caballería, habia recibido órden de desalojar del pueblo la vanguardia enemiga, y de mantenerse á pié firme mientras llegaba el grueso de nuestras fuerzas. Era esta una operacion solo practicable de noche, y con gran rapidez y precision, porque las fuerzas contrarias podian apercibirse del pequeño número de los asaltantes, y cargar sobre el poblacho todo el empuje de su gente.

Desde que supimos el feliz éxito de la maniobra nos pusimos en marcha, precediendo de cerca de una hora al general en gefe. Las *hermanas* venian envueltas en sus capotes sobre los coches de la ambulancia, y nosotros á caballo. Solo se oia el rumor de los arroyos que acrecentados por las lluvias, cruzaban las pendientes del camino en todas direcciones; de vez en cuando las ráfagas del sur nos traían gruesas gotas de agua, que se estrellaban en nuestros capotes de hule, y el eco lejano de la gritería de los soldados mezclado al ruido de la fusilería, semejante al que producen al correr por entre piedras muchas carretas; el camino estaba negro, y negro el cielo. Solamente sobre las aristas de las montañas del Este corria una gran faja lívida, anuncio triste de la aurora. El galope flojo de los caballos agregaba una monotonía lúgubre á aquel cuadro, que más bien se sentia que se veia.

La viveza creciente del fuego nos anunció la aproximacion de la aldehuela. En breve tiempo quedamos instalados en la casa cural, perfectamente abrigada de las balas por la iglesia, y empezamos á recoger heridos, que eran abundantes, porque la accion habia sido muy reñida. Nuestros soldados se habian parapetado en las casuchas más avanzadas del pueblo, y desde allí recibian el fuego constante del enemigo. Acompañado de una joven hermana de la caridad, que se empeñó en salir, y de algunos soldados con antorchas, empecé á recorrer el teatro del combate. Daba lástima aquel espectáculo. Yacian en confusion los caballos y los hombres, muertos ó heridos. Por aquí luchaba un caballo por arrancarse del suelo, hincando en él sus dos piés delanteros, y pugnando silenciosamente por arrastrar su vientre destrozado y sus ancas fracturadas. Por allí un dragon tendido, con la cabeza estrellada en el suelo, y los piés aún medio enganchados en los estribos de su cabalgadura muerta; más allá un grupo de cadáveres, casi todos con los brazos tendidos y las facciones crispadas por la última convulsion; y los heridos arrastrándose dolorosamente por la tierra, ó arrojando lastimeros quejidos, uno, pidiendo agua y otros pidiendo la muerte. La mujer que me acompañaba estaba densamente pálida, y su palidez hacia

como una mancha blanca en la sombra. Seguramente la luz de nuestras teas llamó la atencion del enemigo, pues el ruido especial de las balas de rifle empezó á multiplicarse en nuestro derredor. Empezábamos á retroceder, cuando tropezamos con un oficial que por el uniforme parecia ser del enemigo, y que estaba casi en pié apretándose con las dos manos el vientre. Evidentemente queria levantarse y marchar. Su rostro, trigüeño y brutal, estaba amarillo como la cera, y sus mandíbulas, contraídas, indicaban un esfuerzo espantoso para contener un grito de dolor. Su frente estaba bañada en un sudor espeso y frio. Tenia una bala en el estómago. Nos acercamos á él; sus ojos, vidriosos y dilatados, se fijaron en la hija de San Vicente, y aquellos labios contraídos se abrieron para articular una blasfemia repugnante. Tembló un momento la pobre niña, y apenas pudo murmurar, con una voz suave como el roce de un ala: Hermano mio.....

Tentado estuve de hacer conducir por la fuerza á aquel miserable; pero comprendí que era inútil, no tenia mas que algunos minutos de vida. Uno de mis soldados habia caído herido, y era preciso decidirse á alguna cosa. Rogué al oficial que se dejara conducir por unos cuantos pasos á un lugar más abrigado, y su respuesta fué una blasfemia mayor que la primera. Pero como si aquellas palabras hubiesen agotado su fuerza ficticia, se desplomó en el suelo. La *hermana* se arrodilló á su lado. El oficial la veia con sus grandes ojos estúpidos. Ella rezaba por aquel moribundo; pero habia tanta uncion, tanta súplica, tanto amor en aquella oracion, que las facciones del infeliz se suavizaron, y una lágrima bañó sus ojos. La *hermana* tenia una cruz de madera en una mano. De repente su brazo cayó inerte, y una desgarradora impresion de sufrimiento se dibujó en su fisonomía celeste. Pugnó maquinalmente por sacar el otro brazo de debajo de la cabeza del herido; pero este murmuró más con las entrañas que con los labios: «Me muero, la cruz.» Y aquella santa, convulsa de dolor, levantó su brazo y puso la cruz sobre la boca del agonizante. No pudo más; su cabeza vaciló, y cayó sin sentido al lado del oficial muerto. Una bala le habia fracturado el hombro derecho. Yo hubiera querido arrodillarme y adorarla.

Luego supe su nombre; es Luisa.—FÉLIX.

[Continuará.]

J. NICHELET.

KOSCIUSZKO.

Lloraba viendo al campesino polaco arruinado por sus señores y por los soldados, apalado por los militares de otros países que atravesaban Polonia. La piedad y el dolor que tales infortunios causan, hicieron nacer en él su único defecto. Somowita, deslumbrada por tan halagador conjunto de defectos y cualidades, creyendo que todos verian lo que su amado valia, reveló todo á su madre; Kosciuszko, en tanto,

llegado á Viena para conferenciar con Mr. de Andrassy sobre tan grave incidente.

En mi concepto, aun cuando los compromisos de la Austria hubieran sido mas formales que lo que indica la frase « en los limites de lo posible, » la cual de por si no tiene ningun valor real y positivo, no son estos los momentos oportunos para que la Francia ande aclarando esos misterios diplomáticos; la Francia necesita por ahora vivir bien con todos sus vecinos, renovar sus alianzas, y pasar una esponja por sobre todos los abandonos de que haya podido ser víctima.

(Continúa.)

JUSTO SIERRA.

CONFESIONES DE UN PIANISTA.

(Continúa.)

VIII

La marea sube, sube, decía Thiers el año de 1848, queriendo poner á flote una tabla siquiera del trono de Luis Felipe; una suprema concesion liberal, para ver de salvar sobre ella á la monarquía francesa. A mí me sucede al contrario, me siento bajar y bajar. El mar de mi vida, es monótono y tranquilo como todo lo que se compone de fastidio. Es una charca de arena de esas que llaman en la costa *tembladeras*, en donde pone uno el pié y se va hundiendo, hundiendo, á cada movimiento de desesperacion, á cada esfuerzo, á cada latido del corazon, hasta que sepultándose debajo de aquella superficie hipócrita, hielá la muerte todo movimiento en nuestro cuerpo.

Lo triste para mí es, que huyen mis creencias, que me abandona mi fé, que mi juvenil melancolía, dulce y pura como un crepúsculo matinal, no tiene ya esperanza; que he llegado á la tarde, que ya no creo en la venida del sol, que la pequeña raya de luz que marca como con un nimbo de oro los limites de mi razon, es la última, es el rayo postrero que se muere, que se muere. Y vendrá luego la noche ciega, la noche de la negacion; con un poco de las tinieblas que hay en mi interior, me bastaría para enlutar al mundo; y allá en el fondo de esa noche, solo y silencioso, bajaré un peldaño mas del abismo, y nadie, nadie volverá á acordarse de mí. Ni tú, Emilia, en el trono del placer, ni tú, Luisa, en el calvario del sacrificio. Me lastima mucho pensar; es lo único que me ha quedado, porque sentir..... ya yo no siento nunca. ¡Ah! quizá si mi hermana estuviera aquí..... Mis amigos el sabio y el poeta me acompañan de vez en

cuando con sus cartas. Ricardo me ha escrito, de Félix nada he vuelto á saber.

Bueno es dejar aquí en estas confesiones, consignadas algunas de los que han sentido y sufrido conmigo. Con razon se ha dicho que el patrimonio de la humanidad es el dolor. Los sectarios de Bouddha dicen que la primera de las felicidades es la de no nacer, y la segunda la de morir joven. Si alguno pudiera oír una plegaria, yo pediría constantemente esa segunda felicidad. Afortunadamente mi providencia ha tomado la forma de una aneurisma en la aorta.

Hé aquí algunas confidencias del poeta: Los muertos, Carlos querido, van aprisa; y este pensamiento frances, medianamente traducido al castellano, es una verdad para todo lo que se muere, lo mismo un hombre, que una flor ó un ensueño; desde que nos hemos separado, cuántas ilusiones han encontrado un sepulcro, y algunas hasta un epitafio en verso, en esa gran necrópolis que se llama el corazon.

Hace algun tiempo te hablaba yo de una mujer á quien creía amar; ¡quimera! hoy me avergüenzo de aquella debilidad. Las palabras duras de Félix, sobre unos versos míos, hicieron un poco de luz en mi alma, y luego la luz ha bañado mi vida por entero. Aquella mujer que revestí con formas ideales, era, perdona la frase familiar, *bella e brutta*, como dicen los italianos, y no tan lo primero como tan lo segundo. ¿Qué fué, pues, lo que encontré en esa mujer para haberme detenido á soñar una hora delante de ella? No es una forma capaz de hacer pensar en ninguna *madonna*, ni en cosa que se le parezca. Tú sabes que lo primero que pedimos á una mujer que se cruza con nosotros en el sendero de la vida, es una fuerte impresion sobre nuestra naturaleza artística. Esta apenas tiene un poco del *salero* de las jarochas, y nada mas; pero qué lejos está de ese tipo elegante, nervioso y puro, ideal del tipo femenino en México, y destinado á immortalizarse bajo el pincel romántico de Manuel Ocaranza. Y en cuanto á la parte intelectual, solo te diré que el hombre del cerebro negativo de que me hablas, es un Ciceron al lado de ella. ¡Pobre niña! ella nunca leerá estos renglones, quizá dictados por un poco de orgullo humillado, y por eso á tí solo te los confío. Por lo demas, creo que será una buena esposa, en lo que cabe, porque tiene las dos tonteras, la de la cabeza y la del corazon; involuntariamente aquellas palabras de Espronceda se me vienen á la mente:

Es la mujer, ángel caído,
O mujer nada mas y lodo inmundo;
Hermoso ser para llorar nacido,
O vivir como autómatas en el mundo.

Y que esta chica no es ni hermoso ser, ni ha nacido para llorar..... es de pública opinion y fama.

Perdonémos el pequeño araño que hizo la *pollita* insustancial en nuestro corazon, porque ella no tuvo la culpa de que en el momento en que pedíamos á Dios y á la naturaleza un ser á quien consagrar el mundo de pasion cuyos gérmenes hervían en nuestra alma, tropezásemos con su vestido de seda. Perdonémosla en nombre del santo y verdadero amor de la vida, del amor que se presiente primero y que

penetra en nuestro propio ser, acompañado de no sé qué intuición vaga de la eternidad, de no sé qué perfume del Paraíso. Creelo, hermano mío, yo he temblado ante esa luz que ha venido para mí de los horizontes de la gloria; he temblado de miedo al pensar que su mirada azul y profunda no se detendría en mí; con una sola de esas miradas reflorece mi existencia; con un solo rayo del sol hace el mundo su primavera. Esperemos y amemos. La esperanza y el amor son las dos alas con que el alma humana, ave viajera del infinito, se levanta hacia Dios.

Es tan bella, tan buena, tan pura. El cáliz de la vida presentado por las manos de ese ángel, debe ser apurado con deleite. Félix y tú la conocen. Una vez la vimos llegar á la iglesia, y nos quedamos los tres mudos de emoción al contemplarla; su cabellera de oro, su frente de artista, sus ojos, *émulos de la llama del zafiro*, como dice Andrés Bello, su boca de aurora, yo no sé qué ambiente de religión y de poesía que la rodea, nos la hizo aparecer como una ilusión, como nuestro ideal enlutado y triste que había venido á sacarnos de la vida sensual para hablarnos de un hogar sereno y de un amor sin lágrimas. Desde entonces no la volví á ver. Recuerdo que aquella aparición me tenía inquieto, me parecía mi vida un insomnio, me sentía fatigado del deleite; los amores vulgares, las caricias voluptuosas, tenían para mí un sabor amargo; la tristeza de vivir se apoderó de mí. Es de esa época esta pequeña composición sobre la cual resbaló tu música melancólica y delicada, como una cascada de perlas en una taza de frágil cristal. Quiero recordártela para que recuerdes á tu vez la música y me la envíes.....

¡Cuánto se ama en tu regazo blanco
Mirándote soñar!
¿Será tu falda vaporosa, el nido
Del amor inmortal?
Me siento heróico y joven, amor mío,
Con tu ardiente besar,
Siento en olas la savia de la vida,
Mi vida penetrar.
Nuestra raíz hundamos del deleite
En el inmenso mar,
Vivamos en una hora, nuestra parte
De vida universal.
Y los candentes labios se buscaron
Trémulos de pasión.....
¿Porqué una voz dentro del alma mía
Murmuraba: *esa no?*

*

Seguí buscando, y cerca de mi alma
Un arcángel pasó.....
Quién no ha visto en la hora de las lágrimas
Pasar esa ilusión?
El beso de sus ojos de zafiro
Duerme en mi corazón,
Como en el cáliz del estéril cardo
Duerme un rayo del sol.
En el templo la nube del incienso
Que su frente veló,
Sobre aquella paloma parecía
Un ala del Señor.
La seguí, la busqué, pedíla al mundo,
Nadie.....pedíla á Dios....

Alcé la frente..... en el zafir cruzaba
Fugaz exhalación.
No sé por qué, pero un dolor inmenso
En el alma sentí.....
Lejana voz en mi interior lloraba
Murmurando: *esa sí!*
Desde ese día cuando miro al cielo
Aparto el cáliz del placer, de mí;
¿Por allí se perdió? pregunto á mi alma,
Y el alma me responde: *por allí.*

*

Mientras Ricardo llora, yo me desespero. He sido arrancado de mi letargo por la picadura de una víbora. Félix me ha escrito, Félix ama á Luisa. Está resuelto á ofrecerle su mano cuando sus votos se hayan cumplido. Eso no; yo lucharé, yo la apretaré contra mi corazón con mis crispadas manos. No creía que la amaba tanto; pero ahora que voy á perderla, ahora que mi amigo, el que se decía mi hermano, la quiere arrancar á mi última esperanza, á mi lecho de agonía, á mi solitaria tumba, me siento gigantesco, indomable y salvaje para disputársela. No será suya, no; los muertos son sagrados; caiga el anatema sobre el que arranque del dedo de un cadáver el anillo nupcial, depositado por el amor en la vida; maldito sea el que robe sus flores al ataúd para deshojarlas en la copa de los goces de este mundo; y bien, yo soy el ataúd, el cadáver soy yo. Yo la amo, esa mujer es mía; de ese corazón nadie arrancará mi imagen; de ese pasado nadie borrará las lágrimas, los dolores de una gran pasión; ella al sentirse abandonada, se arrojó en los brazos de Dios. Al sentirse amada de nuevo, Dios la devolverá á mis brazos. Dice Félix que Luisa será su redención; que es ya el culto de su alma. Pues bien, yo soy el culto del alma de Luisa; yo se lo recordaré de rodillas; yo pondré mis labios sobre sus pies de santa, yo le pediré en nombre de los sueños divinos y puros de nuestra infancia, un poco de amor, un poco de misericordia. Pobre hermana mía, tú me oirás, tu manecita de ángel que antes me abría las puertas del hogar cuando venía buscando reposo al fin de una jornada de trabajo, me abrirá las puertas del cielo al fin de esta jornada de dolor que se llama la vida.

CARTAS DE VERACRUZ.

Dr. D. MANUEL PERAZO.

Mi querido Doctor:

Ofrecí á vd. en Veracruz decirle algo sobre mis impresiones de viaje, cuya oferta fué en verdad bien atrevida, después de lo que han escrito tan brillantemente Bablot, Elizaga, Gustavo Baz, vd. y otros distinguidos escritores, respecto al camino de fierro inaugurado el 1.º

Anteojos, querido anteojos, aun no he concluido, ¿no es verdad? pues preséntas a la vista a aquel flaco, entrecerido, pálido, de rostro enjuto y de mirar sombrío, ¿Pero quién diablos es ese espectro? ¡Ah! ya comprendo, ese es el tipo de los poetas decepcionados; de los que vienen leyendo el canto a Terres de Espumenda; de los que buscan sin cesar una prostituta de quien enamorarse, para convertir a la desgraciada mujer en el ser mas degradante primero, y despues casarla y colocarla en un trono.

Esos son los que sueñan con el sepulcro; los de larga melena; los que tienen el corazon gastado; los que se abusan con el calor de la orgia; los que maldicen la riqueza, el amor, la amistad y demas bagatelas; pero así se les presenta un peso, que no lo sueltan aunque los crucifiquen; no; que no, ¡buenitos son ellos para.....

Esos poetas son los consumidores de suspiros, mercancía que no cuesta nada y que emplean a menudo en sus versos.

¡Ah! ese tipo me repugna; tampoco seré de esos poetas que lamentan con suspiros sus decepciones, y dicen:

Mis amores ¡ay! se volaron
Para no volver jamás,
¡Ay, ay! de mí se fueron,
¡Ay, ay, ay, ay! me dejaron
¡Ay! mi tristeza no muere.

Decididamente no perteneceré a esos poetas, porque no podría escribir sino cuando me doliesen las muelas ó el estómago. ¡Diablo! ¿de dónde sacaba tanto lamento?

¡Oh, ventura! ¡oh, ventura! ¿Qué es lo que me enseñas, anteojos mío? ¡Bendito sea Dios que veo semblantes alegres! ¡Jesus, y qué gorditos están aquellos poetas, qué caras tan frescas, todos ellos limpios y afeitados, respirando placer; qué aire tan satisfecho! Vamos, me agrada verlos con sus carrillos tan inflamados y tan coloraditos; pero ¿quiénes son? ¡Por Cristo! que si no me engaño, son los poetas de los festines; sí, eso es, los que asisten a todos los banquetes, los que pronuncian brindis en alabanza del que los convida. Vaya, vaya, si soy poeta tal vez me inclinaré a estos, porque así podré sacar la tripa de mal año, aunque como ellos tenga que prescindir del decoro, degradando la poesía y sirviendo de histrión en la mesa del magnate; aunque como ellos tenga que improvisar para recibir en cambio un plato de pavo trufé. Detente anteojos, quiero contemplarlos un poco mas, espera..... Me vas a enseñar a otros poetas..... Vayamos, ¡Diablos! ya conozco a estos señores! sí, son los que dicen versos en todas las solemnidades; los que se ofrecen para pronunciar poesías en premios, aniversarios de la patria, etc., etc. ¡Ah! esta es otra plaga; nos cansan, nos fastidian, ¡bah, bah! ya los he contemplado bastante, para que tú, querido anteojos, quieras atormentarme con su vista.

Creo que te bastará con que te diga que no me acuerdo haber nunca asistido a alguna función cívica, a algun beneficio de algun actor, a alguna fiesta, sin que no haya tenido el disgusto de verlos recitar una composición.

Y esos otros que me enseñas, ¿son los poetas sentimentales?..... ¡Sí! pues tambien los conozco; yo sé que son los que lloran con una florcita; los que cantan al rizo de su

adorada; los que se enternecen con el zéfiro, y no son capaces de darle una moneda a un miserable. Esos, esos enamorados, no son poetas, son verficadores, porque ni encierran buenos pensamientos, y sus versos se ocupan de cosas triviales; quitálos de mi vista.

¿Y aun hay otros? Sí, allí los veo. ¿Qué clase es la que me vas a enseñar?..... Todos ellos tienen un aspecto simpático; su fisonomía es franca; son pocos, muy pocos, apenas habré cinco. ¡Ah! yo quiero ser de estos poetas..... ¿No puedo? ¿por qué?..... Tienes razón, anteojos mío, tienes razón, no podré ser nunca de ellos, aunque quiera; esos son los poetas dignos, los verdaderamente poetas; los que hacen los versos con las reglas; los que han pasado algunos años frente a los libros; los que honran nuestra patria con su talento y sus producciones; los que pertenecen a esa clase privilegiada por Dios, y en cuyo primer término figuran Ramirez, Altamirano y otros; esos poetas, querido anteojos, son los maestros de los jóvenes principiantes; ¡cuánto los amo!

Pues señor, no seré poeta; yo pensaba luchar con mi lira, pero por no poderme unir con las diferentes clases de poetas mexicanos, pensaré en otra y la examinaré en mi siguiente artículo.

JUSTO.

JUSTO SIERRA.

CONFESIONES DE UN PIANISTA.

(Concluye.)

IX

Como una lámpara que antes de extinguirse parece arrancar de sí misma la mayor cantidad de vida, como si en un segundo quisiera quemar todo el oxígeno del aire, así yo, en una hora de fiebre, he agotado todo lo que quedaba de aire respirable en torno mio, y me consumo, y me muero. Dicen los teólogos que la creación fué sacada de la nada; dicen los sabios que la creación es hija de la luz; ni creo en lo primero, ni me importa lo segundo. Yo he sido creado en la sombra, y de sombras vive mi alma. ¿Es este el patrimonio de los que han nacido para la rápida vida de los sentidos? Pero ¿tengo acaso la culpa de haber sido hecho de barro? Qué sé yo, ni qué quiero, ni qué puedo saber. Soy un espectro rodeado de apariencias. Cada flor es una tumba, cada universo es un panteon; la régia opalescencia del crepúsculo, mentira; *ni es cielo, ni es azul*, Argensola lo ha dicho. Tus colores, oh rosa de los prados, son una ilusión; tus lágrimas, oh niña encantadora, esa gota de topacio que rueda por tus mejillas, es un nido de víboras; acércales un microscopio. Los astrónomos, los contempladores del infinito, gritan: mirad el cielo. ¿Y bien? esferas y mas esferas, grandes cabezas muertas que no me dicen nada, grandes ojos errantes que no tienen pupila, una inmensa monotonía de luz

y de movimiento. Si yo hubiera hecho el mundo, habria colocado un inmenso teclado en el centro, y tanta materia y tanta luz gastada en hacer cosas redondas, habria sido por mí empleada en crear millones y millones de seres de distinta belleza, pero todos normados por el tipo ideal de la mujer, y al compás de armonías incomparables habria lanzado en un vals vertiginoso, por los espacios sin límites, aquel enjambre infinito; y puesto que un Dios pianista no tendria que hacer otra cosa que tocar el piano, yo haria que mis acordes durasen siglos, y pondria á mi vals por título: *Eternidad*.

Félix acaba de venir; dice que mi calentura continúa cada vez mas fuerte. ¿Por qué no he matado á Félix? Llegué á México resuelto á ello, pero me recibió con los brazos abiertos, radiante de felicidad; parecia como un hombre iluminado por dentro. Está hermoso, fuerte, juvenil; ve con no sé qué cariñosa mirada á todo lo que le rodea; dice que está alegre, como Colon al dia siguiente de haber completado al mundo, porque él se ha descubierto dentro de sí una alma. Ha logrado que mi ópera se cante de nuevo, y asegura que el duo de amor de Romeo y Julieta es una página sublime; la hace ensayar, oye con deleite la música, y está pintando un cuadro verdaderamente bello. Las facciones de Luisa han surgido ya del boceto, como una estrella de una nube. Yo me encontré sin fuerzas ante tanta bondad y tanto amor; toda mi desesperacion se ha trasformado en deseo de morir; seria una crueldad que me sobreviviera mi pensamiento doloroso. Mi imaginacion está llena de ensueños enlutados, mi memoria llena de recuerdos, es decir, de lágrimas. Quiero morir entero, y solo siento que mis frias cenizas vayan á enturbiar la corriente de algun rio en la tierra, ó á apagar la fosforescencia de una ola en el mar.

Félix me ha dicho que Luisa vendria á verme; no tengo aliento para desearlo. La pobrecilla no ha podido abandonar un momento los quehaceres del hospital, en donde el número de tifoideos aumenta todos los dias.

✱

Aquí concluyen las Confesiones de Antonio. El que esto escribe ha logrado adquirir algunos datos, para no dejar flotante el desenlace de este cuento, desenlace vulgar y prosaico si los hay; pero como no se pueden reformar las cosas que en este mundo dependen de la naturaleza humana, con él habrá de contentarse el lector.

✱

Dos hermanas de la Caridad entraron á poco en la habitacion de Antonio. Una de ellas era Luisa; la otra era una señora de alguna edad, muy alta y gruesa, un tanto morena, de maneras en extremo afables y distinguidas, que revelaba en su lenguaje pertenecer á una raza extranjera, y en su mirada á una familia aristocrática. Mientras Luisa abrazaba á su hermano con efusion, la señora saludó á Antonio con exquisita cortesía, y tomó asiento. El diálogo entre los dos jóvenes fué primero animado y cariñoso; pero poco á poco se

hizo un tanto difícil. Cuando Luisa habló de su excursion al Interior, de su campaña, como ella la llamaba, de su herida, parecia evitar las miradas del enfermo, y una vez sola no pronunció el nombre de Félix.

Antonio la miraba con atencion febril, oia su voz con una especie de fruicion íntima, y á cortos intervalos recorria su cuerpo, débil y flaco, un estremecimiento nervioso. Sus pupilas centellaban como las de los nictálopes, y dos grandes manchas rojas encendian sus pómulos, formando con su mortal palidez un contraste que hacia mal.

La señora á quien Luisa llamaba *nuestra madre*, conforme á los usos de la familia de San Vicente, arrugaba de cuando en cuando el ceño, lo que daba una expresion notablemente enérgica y austera á su agradable fisonomía. Despues de un momento, las dos religiosas se dispusieron á salir; pero Antonio, como lanzado por un resorte súbitamente destendido, se interpuso entre ellas y la puerta. Luisa arrojó un grito de espanto, se apoyó en la pared para no caer; la superiora, de pié en medio del cuarto, parecia la estatua viva del pudor y de la autoridad. Sus palabras fueron vanas; y mientras meditaba en el partido que debia tomar para no causar un escándalo, á fuer de mujer prudente, Antonio se habia apoderado de los pliegues del hábito de Luisa. Palabras entrecortadas hervian en su pecho, y ahogaban su respiracion que se escapaba en sonidos estertorosos de su garganta: Luisa, Luisa, balbutia, cómo pudiste abandonarme, cómo pude olvidarte yo! ¿No juramos mil veces hacer de la vida una sola copa para nuestros labios, una sola corona de espinas ó una sola corona de flores? ¿No eres mía? ¿No se lo juraste á Dios mil veces? ¿No recuerdas aquellas noches benditas en que nuestra pobre madre colocaba sus manos sobre nuestras cabezas? ¿No recuerdas que mis amigos de la niñez decian que eras mi mujer? Oyeme, Luisa mia, hermana, esposa mia, no llores, no me tengas miedo; has olvidado cuántas veces nos sorprendió la noche solos y enamorados, por los campos; has olvidado aquella noche en que te besé una trenza, Luisa, Luisa.....

La puerta de la habitacion se abrió; un hombre densamente pálido apareció en el umbral, era Félix. La superiora se adelantó hacia él; Luisa ocultó sus lágrimas, que corrian á mares; Antonio hizo un esfuerzo para incorporarse.

Hubo un momento de grave silencio. La fisonomía de Félix estaba contraída de una manera espantosa; hervia un rugido en su garganta, fermentaba un insulto en sus labios. Antonio dirigia su mirada extraviada en torno suyo. La superiora tomó á Luisa de la mano é iba á salir. Félix entonces las detuvo con un ademán. Señora, vd. ha visto el insulto, va vd. á ver el castigo, dijo sordamente.

Antonio hizo un movimiento, Félix adelantó un paso. ¿A mi hermano! ¡á un enfermo! dijeron las dos mujeres á un tiempo, interponiéndose entre los jóvenes.

La voz de Antonio vibró entonces estridente y sonora, como si en un minuto hubieran desaparecido todas sus dolencias. Señoras, retírense vdes., por favor; déjennos solos á mi querido hermano Félix; me ha matado el corazon, hoy quiere asesinarme sin duda. Vayan vdes., no tengan cuidado,

yo me defenderé; siento que esta fiebre, que este delirio que me consume, necesita el refresco de la sangre. Muy bien, hermano mio, con que cuando yo no tenia nada en el mundo sino esta mujer, pretendias robármela; cuando no tenia sino este primero y último cariño de mi vida, tú querias arrebatarlo á tu hermano..... Y bien, tú me matarás, mátame, así quedará mi cadáver por toda la eternidad, entre ella y tú...

El desgraciado no pudo mas, y cayó desvanecido. Félix tambien hablaba lleno de emocion: No, Antonio, yo no he creído hacerte traicion, yo no pensaba que tú la querias aún. Cálmate, hermano mio, repórtate; te estás suicidando; yo te juro que nunca ha oído Luisa una palabra de amor de mi boca, te juro que jamas la oiré, jamas, ¿lo oyes? jamas.

La superiora arrastró á Luisa fuera de aquel sitio fatal.

*

Poco á poco Antonio se calmó. Félix le prometió formalmente no volver á ver á Luisa; la femenil naturaleza del enfermo que lo llevaba de un extremo á otro, recobró rápidamente la tranquilidad, y despues de un sueño bienhechor, al dia siguiente pudo ir á ver uno de los últimos ensayos de su ópera.

Luisa llegó al hospital transida de dolor, pero silenciosa y resignada. Dos horas despues recibió una orden de la superiora para que estuviera dispuesta á partir al dia siguiente á las siete de la mañana, con destino á la Habana, Panamá, San Francisco y Shang-Hai en China, en donde debia permanecer indefinidamente. Incluyó la cabeza sin murmurar una palabra, al escuchar aquella orden, y fué á arrodillarse junto al lecho de una pobre mujer, cuya convalecencia era preciso atender cuidadosamente.

Empezó á rezar; muy luego la plegaria triste y pura que se exhalaba de su inocente alma, se bañó en ardientes lágrimas que por entre las manos de la jóven iban á humedecer las mantas del humilde lecho. — ¿Qué pasaba en aquel corazon, qué sentimientos y qué pasiones asaltarían aquel espíritu, para quien la vida habia sido el largo camino del Gólgota? Luisa se sentia satisfecha de su sacrificio; sentia lo complicado de su destino, torcer en derredor de ella sus siniestras redes; pero tenia fé en su fé. Ella no contaba el por qué de tanto dolor y de tanto sufrimiento, pero se resignaba con la mas santa resignacion que hubo nunca en el espíritu de una mujer. Y sin embargo, no queria pensar en la serie de acontecimientos con que habia tropezado su existencia; no queria aquella mujer nacida para amar, y que habia perdido la esperanza de ser amada, no queria pensar en las dos grandes pasiones, suscitadas á un tiempo junto á ella, cuando la ligaban los votos sagrados de la religion; y sin embargo, como si el demonio de la fatalidad interior hubiera detenido el reloj de su vida, en el instante en que le fueron reveladas esas dos pasiones inmensas, se sentia encadenada á su recuerdo por una cadena de hierro, y sufria, sufria buscando el consuelo en la oracion; pero el ángel estaba allí delante de ella tendiéndole la terrible copa, el cáliz de la ineluctable amargura de la vida. ¡Pobre Luisa! tenia apenas

veinte años; una angustia mortal la oprimia como si quisiera exprimir de aquel lirio hasta el último perfume, hasta la postrera lágrima. Y seguian levantándose en su interior, la imagen del hombre que habia amado tanto en su infancia, y la del que iba quizá á amar en sus horas de abandono y de desgracia; y le parecia que aquellos dos recuerdos trababan una lucha á muerte en su corazon, que se iba desgarrando gota á gota. Pugnaba en vano por ahogar sus sollozos; ya no rezaba, estaba entregada por completo á su dolor; de repente, sus lágrimas se secaron y su pupila ardiente se concentró en un punto negro, perdido en la sombra. Volvió á poco á orar precipitadamente, volvió á tener conciencia de sí misma, se pasaba la mano por las sienes como si tuviera miedo, sus ojos se concentraron en la cabeza de la anciana enferma, en aquellos ojos vidriosos, en aquella frente húmeda de sudor, en aquella boca crispada con una sonrisa irónica y horrible. Un grito de angustia desgarradora vino á morir en sus labios en un suspiro. Quiso huir y no pudo; una nube habia interpuesto su sombra fatal en aquel cerebro exaltado; una nube que le habia ocultado á Dios, que habia hecho la noche en derredor de su cruz de martirio. Una voz fúnebre habia murmurado en la conciencia de la pobre niña: «¿y si Dios es mentira? ¿y si todo acaba en la muerte? ¿y si es inútil tu sacrificio?»

Era la duda, era la prueba suprema del alma; el angel del dolor tiene esa estrella negra sobre la frente; todo calvario se nubla un instante con esa bruma impura, en todo sendero de afliccion se abre esa puerta del infierno.

—No, no Dios mio, murmuraba la jóven, no me abandones, no me dejes la noche en el horizonte, Dios mio, no— Yo no sé, señor, sufrir tanto; mientras sentia algo como tu cruz á mi espalda, miraba serena el dolor; pero sola, no, sola no, Señor. Haz la luz en mi corazon; yo acato tus designios, yo bendigo tu providencia: Señor, te he dado mi corazon entero, aunque desgarrado; toma mi vida, Dios mio, ya no puedo sufrir mas.

Acudieron otras religiosas hácia el lugar en que se encontraba Luisa. Una hora despues, decia el facultativo á la Superiora:—No puede esa jóven salir mañana, tiene el tifo.

Ha puesto la casualidad en nuestras manos dos apuntes; uno llevado por una hermana de la caridad, otro por Félix. Hélos aquí, intercalados y en un breve extracto.

Antonio está contento; esta noche se da su ópera bajo magníficos auspicios. Apenas se acuerda de su enfermedad. Yo hace algunos dias que nada sé de Luisa.

Sor Amparo (Luisa) está algo mas aliviada; esta mañana ha hablado en el delirio mucho de su madre y de su hermano.

La ópera está saliendo espléndida; hace *fanatismo* en el patio, como dicen los italianos.

La calentura presenta alternativas. Apenas puede hablar la enferma. Ha dado á *nuestra madre* una cruz y un libro, recomendando sean entregados á dos personas. Cree firmemente que morirá. El médico ha decidido quedarse.

Flores, aplausos, gritos. Ovación inmensa. ¡Pobre Antonio! tiene con esto para olvidar todos sus dolores. Está radiante de felicidad.

Luisa se esfuerza en quitarse con la mano una sombra que pasa delante de sus ojos. Parece comprender las palabras del sacerdote. Ha podido decir un nombre: Antonio.

Lo que son las cosas humanas; en el momento de la ovación he preguntado á Antonio, ¿quién quisieras que estuviera aquí? Emilia, me respondió.

Todas las hermanas rodean el lecho de nuestra amiga. Ella parece bañada de luz. ¡Dios la bendiga!

Poco despues de las once fué coronado Antonio. Cayó como muerto en mis brazos. Fué un vértigo, porque la alegría no mata.

A las once y nueve minutos, nuestra santa hermana Luisa entregó el alma á Dios. (R. I. P.)

Oye, lector, para tu edificacion, este pequeño epílogo. Antonio ha vuelto á sus amores con Emilia, y no se acuerda de su aneurisma. Félix se ha casado con una vieja rica. Ricardo sigue soñando.

El último día de muertos, solo un hombre fué á arrodillarse en el sepulcro de Luisa, que está en la Piedad, en el prado del centro. Era el padre de Eduardo. Si yo pudiera poner en esa tumba un epitafio, serian sin duda estas palabras de un sabio del Oriente, que figuran en las *Confesiones de Antonio*: La primera felicidad es la de no nacer, la segunda es la de morir joven.

A ORIZABA.

¡Qué hermosa está la noche! tranquila y silenciosa
La luna entre la niebla se deja vislumbrar;
Se opacan las estrellas, enciéndese la aurora,
En tanto que la brisa gimiendo viene y va.

Sonidos misteriosos se escuchan á lo lejos,
El ruido semejando del mar en su vaiven,
Y trinan dulcemente zenzontles y jilgueros
Ocultos en las ramas del mango y del café.

Los llanos se convierten, dejando el triste luto,
En un cielo de luces de fulgido color;
En mar de que las ondas son miles de coruyos
Que lanzan sus destellos como una exhalacion.

Y exhalan los naranjos de blancos pebeteros
Aromas deliciosos de encanto celestial;
Y brotan de las flores delirios y mil sueños,
Que á l'alma soñadora no cesan de arrullar.

En tanto tú reclinás la frente en la montaña,
Y en un lecho de flores, tendida ante sus pies,
Te adormes al murmullo de fuentes y cascadas
Que brotan de tu seno para calmar la sed.

No nublá ya tu frente la sombra del pasado,
Ni tinte tu sandalia la sangre que yo ví;
Y el ángel de mi patria, tu sueño vigilando,
De gloria te prepara brillante porvenir.

¡No escuchas el silbido de aulax locomotiva
Que rauda se despeña del monte hasta tus pies,
Que manaa culebrera y llega á ti sumisa,
Tus flores recogiendo para probar su miel?

Recíbela en tus brazos, espléndida Orizaba,
Que en ella el adelanto te tiende su cendal;
Entreabre tus florestas, y amante, hospitalaria,
Acoge en tu penacho tu eterno bienestar.

Dichosa tú á quien cubren celajes de esperanza
Y arrullan ilusiones de hermoso porvenir;
El cielo te permita mirarlos realizados,
Y de profeta sean mis cantos para tí.

R. RODRIGUEZ RIVERA.

Nuestro amigo y compañero, José T. Cuñan, ha regresado ayer de los Estados Unidos. Le damos la bienvenida, y deseamos que su permanencia entre sus amigos no sea corta.

Editor propietario y responsable,
G. G. GOSTKOWSKI.